

P. HENDLIN MEYER D.F.M.

SAN FRANCISCO
DE ANÍN



EDITORIA INTERNACIONAL

00
DAD
CCIÓN

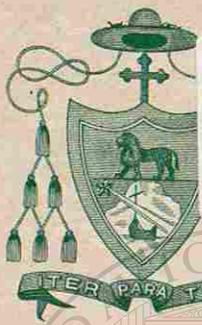
42

BX4700
.F6

M4

C. 1

009,142

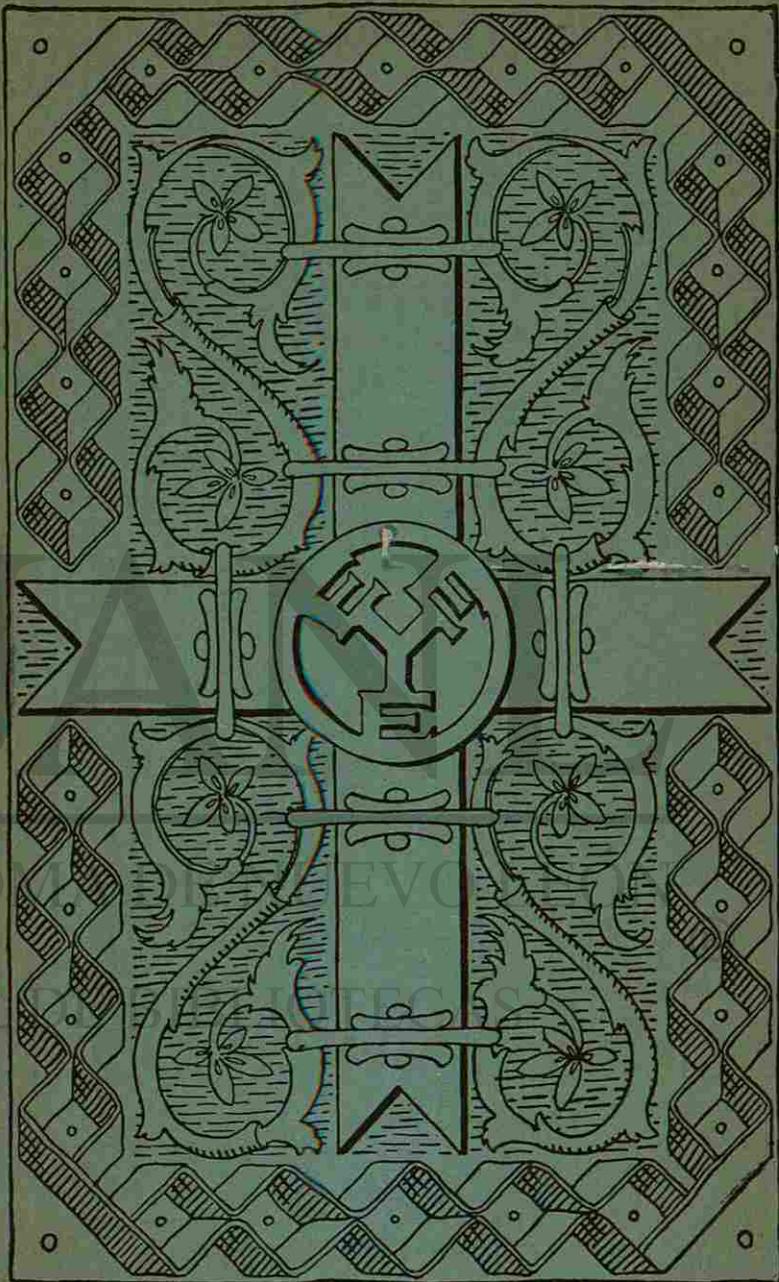
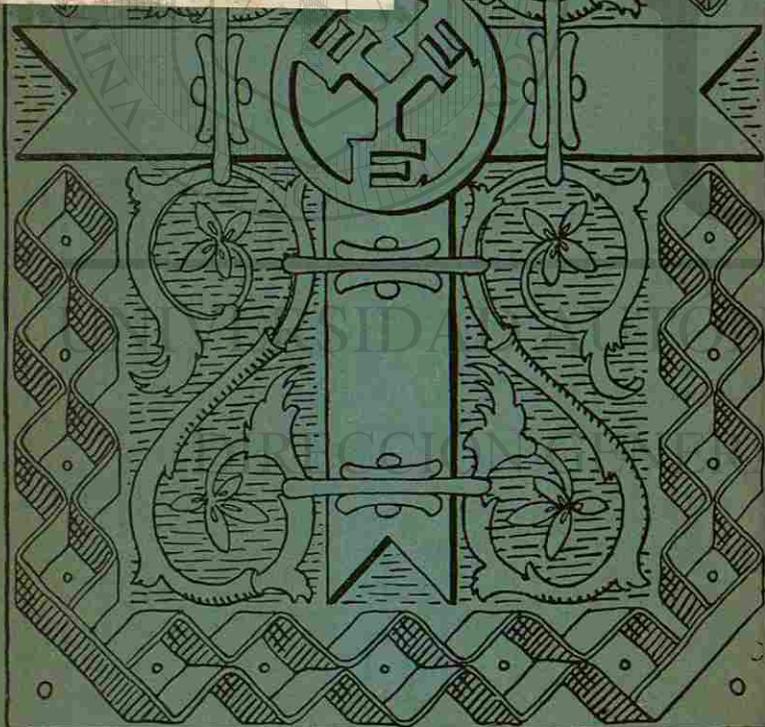


1080021284

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



P. WENDELIN MEYER O. F. M.

SAN FRANCISCO DE ASÍS

SU VIDA. SU OBRA. SU ALMA.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE
DEL ALEMÁN
POR
EMILIO SANZ



Capilla Alfonsina

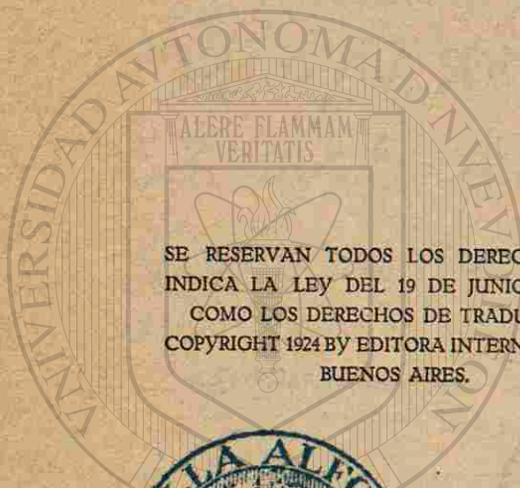
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

EDITORIA INTERNACIONAL
MADRID · BERLÍN · BUENOS AIRES

45699

V BX4700
922 F6
F M4



SE RESERVAN TODOS LOS DERECHOS QUE
INDICA LA LEY DEL 19 DE JUNIO 1901, ASÍ
COMO LOS DERECHOS DE TRADUCCIÓN.
COPYRIGHT 1924 BY EDITORA INTERNACIONAL.
BUENOS AIRES.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SECRETARIA DE CÁMARA
DEL OBISPADO DE
MADRID-ALCALÁ

En orden a la instancia de V., fecha _____ de
_____ en la que solicita la li-
cencia eclesiástica para la obra titulada
San Francisco de Asís. Su vida
su obra, su alma.

ha recaído el siguiente decreto:

• Por el presente venimos en conceder, y con-
cedemos, nuestra licencia para que la obra tí-
tulada San Francisco de Asís. Su
vida, su obra, su alma,

compuesta por traducción por Emilio
Sanz.

pueda publicarse, mandando que al principio o
fin de la obra se imprima lo siguiente: Nihil
obstat Pr. Gregorio Sancho, Gen. Lect.
Censor. Madrid 4 de

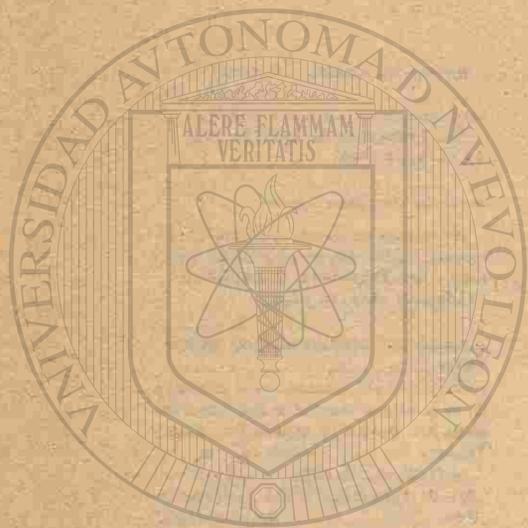
noviembre de 1924. Imprimase
Dr. J. Francisco Moran, Ten. Vic.
Gen.

Además, se cum-
plirá lo dispuesto en las Sinodales de este Obis-
pado, Lib. 1.º, Tit. 5.º, Cons. 9.º, que dice así:
El autor de una obra que se publique con nues-
tra licencia remitirá dos ejemplares de aquella,
rubricados por el Censor, a nuestra Secretaría
de Cámara y Gobierno a los efectos oportunos.
Madrid 4 de noviembre de 19 24.

Lo que traslado a V. para su conocimiento.
Dios guarde a V. muchos años.
Madrid 4 de noviembre de 19 24.

St. Benjamin
L. J.

009142



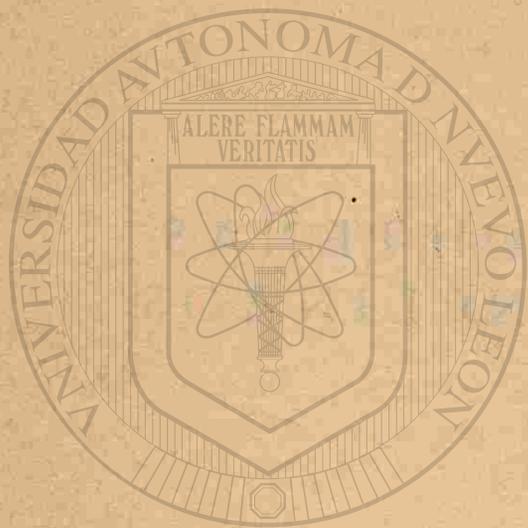
¡OH PEÑAS,
INCLINAOS!

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Para el ojo que sabe mirar, el mundo tiene siempre profundidades doradas. Ya se interne la mirada, soñadora, en el cielo azul; ya mire, meditabunda, el revuelo de las olas; ya se pose en los picos de los montes; ya se detenga ante una flor que, solitaria, crece en el camino, siempre se aproximarán a ella fulgurantes lejanías y se exteriorizarán ocultas visiones que halagan o espantan. ¡Dichosos aquellos seres ante los cuales se desgarran los velos de las creaciones y las profundidades del mundo se abren como un capullo de flor! Pero ¡desgraciados también ellos! pues ¿cómo podrán nunca armonizar sus visiones con la realidad de la vida? Ni tampoco serán felices si llegan a comprender el interior de los hombres; ese mundo interno,

maravilloso, en el cual, más que en sus alrededores, está impreso el sello de lo Eterno. La envolvente de los sentidos es el transparente de lo infinito; el interior de los sentidos no desaparecerá jamás, porque el alma es eterna.

Para un gran número de hombres, esta frase es corriente y carece de sentido... Para otros, es profundamente intensa. Quizás, a estos últimos les falta el lenguaje necesario para expresar el mundo de sentimientos y sensaciones que surgen de secretas profundidades, pero perciben estas sensaciones con mayor energía. En sus pechos fermentan y se desarrollan cuando la profesión de la vida les exige una respuesta. Nada les parece suficientemente sublime e ideal, y desconocen la razón de su existencia. Ignoran, que lo que en ellos vibra es el alma en su ansia insaciable de eternidad, de santidad, de hermosura. Desconocen esto; no saben que la disposición de su alma es más sólida que en otros semejantes suyos, y no comprenden

su inclinación hacia las consideraciones del mundo religioso, eterno, infinito. Y en ese desconocimiento radica el decisivo instante de sus vidas.

Es necesario sentir como Holderling sentía en su embriaguez poética. El, que tenía la vista fina y el oído susceptible para percibir la obra creadora de Dios; que andaba por entre el mundo creado llorando de sentimiento y cantando de júbilo al mismo tiempo, tembló un día ante el pensamiento de lo infinito, de lo eterno, y cantó:

¡Hermosas, sublimes creaciones!

Ornado de perlas, el campo de las flores
brilla.

¡Pero más hermosa es el alma de los hombres
Cuando surge de entre vosotras elevándose
hasta Dios!

¡Oh! ¡Imagínate cómo de la mano de Dios, ®

Sublime, andabas sobre mil criaturas!

¡Imagínate en tu claridad

Quando te elevas hasta Dios, oh Alma!

¡Ah! Ese roble que altivo
Alza su cabeza como si eternamente hubiese
de estar así,

¿No teme la amenaza del rayo de Jehová
Que ha de destrozarle, oh roble orgulloso?

Y estas enhiestas peñas que, engreídas
Contemplan el valle, como si eternamente
hubieran de hacerlo

¿No temen el paso de los siglos? . . . En vez
de peñas,

El caminante pulverizará con sus pies el
grano de arena.

Y mi alma — ¿dónde está tu aguijón, Muerte? —

¡Oh peñas! inclinaos, inclinaos devotamente..

¡Orgullosos robles! oíd, e inclinaos:

«¡Eterna es, eterna, el alma de los hombres!»

¡Sagrado es el momento en el cual lo más
profundo que existe en el hombre brilla en
su conciencia! Pero mucho más sagrados son
esos mismos momentos cuando no cesan con
la sensación poética; cuando la voluntad,

joven, se eleva altiva hacia una forma de
la vida que corresponde a su verdadera
disposición, fuente de su ser; cuando, beata-
mente, se cruzan las manos y se implora:

«¡Oh Dios eterno, hermoso, a ti te adoro!
Algo, como un elevado y melancólico tañido
de campanas suena en mi pecho, exhor-
tándome a dirigirme a lo bello, a lo ver-
dadero, a lo eterno . . . Señor ¡alláname el
camino! . . . Un mundo amplio se extiende
ante mí: ¿por dónde he de caminar? ¡Ah,
Dios mío! ¿He de dirigir mi anhelo hacia
los picos de los elevados montes, que corren,
azules, hacia los límites del horizonte, entre
el tropel de los grandes santos? Mi pecho
se ensancha y mi corazón palpita acelera-
damente cuando contemplo esas figuras ele-
vadas y hermosas que se destacan, como
montañas, sobre la humanidad. ¡Señor: nada
pasajero anhelo!»

En su plegaria, el joven escucha el aleteo
de las alas de su alma, prisionera en su

cuerpo, añorando libertad, que es eternidad. Exige libertad para el águila que, ya libre, se alzaré sobre todas las cosas pasajeras en un elevado vuelo; quiere, enérgico, volar sobre el mundo y hasta el fin del mundo.

¡Hermoso ideal!

Y entonces aparece el Santo Francisco de Asís, ese alma rara que sabía tender un puente entre lo próximo y lo remoto, entre lo limitado y lo infinito, entre lo pasajero y lo eterno, entre lo humano y lo divino, entre la pobreza y la riqueza . . . Francisco es la entrada en un mundo luminoso; en él se encuentran las claridades del más allá y las sombras del mundo humano. Suspira y suspira con las criaturas y se regocija, jubiloso, con las ánimas beatas; desprecia el mundo y le ama; huye la tierra, y la busca. Su vida es una escuela de santidad de la que surgen teólogos, hombres y mujeres que en ella aprendieron a dominar la vida; investigadores, artesanos, artistas y almas tran-

quilas, contemplativas, que brillaron como estrellas en el cielo de la Iglesia.

En las páginas de esta obrita hablará el hermano Francisco. Escúchale, alma joven, pues lleva en sus labios la palabra libertadora.

Cuando pase por tu lado, vistiendo su humilde hábito, afina tus sentidos, abre tu corazón y, atento, escucha y piensa: que es el Señor quien en ti mismo habla.



SU VIDA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Coloquio — (por Kuniyoshi).

Un alma joven, pletórica de riquezas.

¿Quién está capacitado para distinguir, unos de otros, a los niños que encontramos en nuestro camino, jugando con flores y arenas? ¿Acaso no son todos igualmente bellos de alma? Detrás de sus ojos está el paraíso, brillando con sus últimos fulgores. Todos son tan bondadosamente interesantes, que el Divino Maestro los acercó a su corazón, sin establecer diferencias entre ellos. Sin embargo, más tarde los pies de los niños recorren diferentes sendas; la senda del mundo, la senda de Dios. . . . El alma es un secreto; sus profundidades se manifiestan muy lentamente, y no siempre. ¿Cómo se manifestó el alma del joven Francisco?

Quando en 1182 vió la luz del día en Asís, Umbría, el cielo azul de Italia y las estrellas del Sur le inundaron, los bosques y montes le susurraron sus secretos y los pajarillos le insinuaron sus canciones. Desde su infancia. Francisco era por su alma, plétórica de ternuras, más rico que su padre, el negociante Pietro Bernardone, que, quizás, perteneció a la nobleza baja de Asís. La riqueza paterna consistía en dinero y telas preciosas, en autoridad e influencia; la riqueza del hijo, en bondades del alma. Quizás semejante riqueza habría llegado a Francisco como donativo de su madre Pika . . . Antiguos legajos pretendían saber que Pika llegó del sur de Francia, del país de los trovadores. Pero tales fuentes no son dignas de fe. Quizás, el alma de la madre fuese también lo suficientemente fértil para poder enriquecer el ánimo y el alma del niño con sobrenatural abundancia.

Su propia inclinación mostró al joven Francisco los caminos que debía de seguir, con-

duciéndole entre el holgorio del mundo bullicioso. Pronto fué el guía de la juventud, su más alegre representante. Asís conocía perfectamente al hijo del rico mercader y no veía con malos ojos que empleara su fortuna en alegrar los años de la juventud de sus paisanos. También su padre estaba satisfecho viéndole disfrutar de la vida. El Padre Celestial, sin embargo, pensaba de manera muy diferente. El, que desde la altura de su trono vigilaba la humanidad, dejó correr al niño, al adolescente y al joven, los alegres caminos de la vida para colmarle, más tarde, de dulces bendiciones.

A fin de ganar el laurel de los caballeros, Francisco se alistó en 1205 bajo las órdenes del duque Gualterio III de Brienne, que precisamente se dirigía a la Italia del Sur. En su camino — fué en el valle de Spoleto — sonó para el joven soldado «La Hora de Damasco». Súbitamente, apareció transformado ante sus compañeros: la gracia divina había caído sobre él. El mundo le aparecía,

a él mismo como envuelto en nueva luz. Todo, en derredor suyo, le aparecía como profundo y lejano. ¿Y en su interior? Jamás había sentido en la profundidad de su ser semejante beatitud, semejante penetración de Dios. Nuevas energías, como surgiendo de inagotables manantiales, lo inundaban.

Era llamado, y esto de manera imperativa, al seno de nueva vida, heroica de santidad. Tan sobrenatural carácter de llamada no tenía nada de común con la ordinaria senda que conduce a los hombres a la cristiana vida monástica. Sucede con frecuencia, que es muy difícil señalar la verdadera vocación de profesión, porque no se revela por indicios especiales. En ningún caso el sentimiento y la disposición natural deberán decir la última palabra cuando nace la vocación sacerdotal, cuando no se puede negar que cierta predilección por el estado monástico, como también por algunas órdenes y asociaciones religiosas, es la regla en profesiones monásticas.

El mérito mayor en esa cuestión, el más seguro indicio de la profesión monástica, es la firme voluntad de profesar, en el adolescente, y su intención pura y sobrenatural, esto es, su ferviente deseo de servir fielmente a Dios para perfeccionar su propia alma y fomentar la salvación de sus hermanos. Esa inclinación del joven hacia la eternidad es riqueza que ni puede comprarse ni pagarse, y garantía de la firmeza de su profesión. En lugar de esperar a una hora de distancia de Spoleto, él debió, lleno de júbilo, sentirse llamado, atraído. Un Francisco nace solamente una vez, pero ¿hacia dónde debería dirigir sus pasos un elegido? ¡El mismo deberá encaminarlos en libertad santa! Muchos grandes hombres encontraron su camino, y lo recorrieron bajo el nombre de San Benito, Santo Domingo, San Ignacio, San Bernardo . . . También Francisco sabrá recorrerlo, y recorriéndolo le pintan Giotto y Angélico, Rafael y Cimabue, Dyck y Durero; Francisco recorre su camino a tra-

vés de las montañas, en varios lugares, en tranquilos villorrios y en agitadas ciudades; en ellas le encuentran sus hijos, portadores de la palabra divina, y le encuentran en el confesionario. La Providencia de Dios le impulsa a recorrer un gran trecho del camino de su vida, y al fin, personificando en él la potencia del alma, revestida de forma corpórea, le arrastra definitivamente.

Siguiendo sus huellas, infinito número de hombres que andaban desorientados en la vida recorrieron el camino de Asís y fueron felices.

Francisco siguió la llama y atendió al saludo de Dios, alteró su forma de vida y, a pesar de gran número de combates, caminó directamente hacia el Imperio de la salvación.

Peñas arriba.

En Spoleto, el ánimo de Francisco descendió a los oscuros valles de las soledades del alma y ascendió a las elevadas montañas de la penitencia.

— ¿Has encontrado novia? — le preguntaron sus compañeros, con ocasión de un desfile, mientras los ojos de Francisco, ensimismados, soñaban, absortos, en largas lejanías.

— Sí; tenéis razón. He encontrado a mi amada, tan hermosa, que no tiene igual en la tierra.

Con estas palabras aludía a la santa pobreza, que, en efecto, adoraba con apasionado amor. Todo lo dió: su manto, sus vestidos, su dinero, incurriendo, a causa de tal despren-

dimiento, en la indignación de su padre. ¡Cuántas esperanzas había puesto en él, y cuán vanas le parecían en aquellos momentos! Pero Francisco obedeció a la voz que le llamaba. Despreciado y desheredado por su padre, decía más tarde en presencia del obispo de Asís:

— Ahora es cuando puedo decir, sinceramente: «¡Padre nuestro, que estás en los cielos . . .!»

Desde aquel momento, la ciudad de Asís presenció un curioso espectáculo: con una sencilla túnica de pastor, ceñida a los riñones por una cuerda, el hijo de Bernardone, antes tan estimado, iba descalzo a través de las calles, perseguido por los niños y constituyendo, para las personas de más avanzada edad, un enigma viviente, que, lleno de la gracia de Dios, trataba con cariño a todos sus hermanos. El nuevo vigor que se desarrollaba en su interior no podía vivir oculto por más tiempo; rompió como el sol a través

de las nubes, y esparció sus luminosos haces sobre Asís. Si notable fué la expansión de su alma, mucho más lo fué la profunda amenidad con que conversaba. ¡Con cuánto placer era escuchado! ¡Y su conducta, como se semejaba a la de los primeros cristianos! Y sobre todas sus palabras ejercía mayor influjo su ejemplo. Nadie recordaba que jamás hubiese existido semejante armonía entre las predicaciones y los hechos. Francisco actuaba de acuerdo con sus palabras. Predicaba sobriedad, y vivía en la más aguda pobreza; aconsejaba despreciar las vanas glorias mundanas, y él mismo, con sus pies, las trituraba, considerándolas enemigos de Dios; aconsejaba amor y amaba a todos, cualquiera que fuese su situación social. Tales ejemplos de vigoroso cristianismo ejercían salútfiera influencia sobre las multitudes. Entre sus conciudadanos se despertó la gran nostalgia por Jesucristo, a quien Francisco, con su vida, remembraba. En el verano de 1210, Francisco acudió, con algunos

compañeros, ante Inocencio III, que confirmó y autorizó las reglas a que, en adelante, someterían su vida. Sin embargo, antes de que la Orden se reglamentara, Francisco se estudió a sí mismo, sometiéndose a la áspera mortificación. La luz divina que le inundaba le alumbró en las profundidades del Alma, Mundo y Vida. Su combate con su propia naturaleza continuó con mayor energía. Dios le había lanzado a él, y Dios le prestaría su brazo. Sin embargo, el joven combatiente se vió obligado a luchar con el mayor denuedo para ser digno de Dios. Ni las bellezas del mundo, ni los ataques infernales, ni la innata ley de la carne, le dejaron reposo. La leyenda de los tres compañeros nos refiere, que para mitigar el ardor de la carne acudió, en riguroso invierno, casi desnudo, al jardín, donde, con nieve, formó un hombre, una mujer y unos niños, después de lo cual, triunfante, se dijo a sí mismo: «Y ahora, hermano cuerpo, ¿estás contento?»

La gracia conduce por caminos ásperos, pero siempre hacia arriba. ¿Quién sería capaz de describir los terribles combates que los santos sostuvieron y de que tampoco se libró Francisco? ¿No es natural que la voluntad, llevada por la gracia a celestes ideales, caiga de nuevo en el precipicio de la debilidad del alma, arrastrada por el peso de plomo de la corrompida naturaleza humana? Pero Francisco triunfó. Las viejas moradas, aún conservadas en pie, donde se entregaba a la oración y a la penitencia, tales como el Monasterio de la Peña de los Carcesi, no lejos de Asís, la primitiva celda, próxima a Poggio Bustona en el valle de Rieti, se conservan hasta nuestros días como monumentos importantes de penitencias y luchas de la vida del Santo. Y lejos de parecer horribles a quien las mira con serena y sana tranquilidad, producen en él consoladora impresión. Son imágenes de esta gran verdad: «Que no se llega en ninguna profesión al fin deseado, y menos aún en la profesión de una

Orden Religiosa, si no se une a las ya dichas inclinaciones hacia la profesión, la voluntad firme de vivir en el Monasterio buscando sacrificios, como amante de Dios, y, como salvador de almas, haciendo constantemente penitencia con alegre ánimo, incansable para el sufrimiento, y conservando lealtad a las reglas estatuidas. Esta es la peña contra la cual se estrellan las vocaciones de profesión religiosa de muchos jóvenes. No comprenden de una manera evidente, que un religioso debe de ser, ante todo, un hombre de férrea voluntad, y se dejan llevar desconociendo la vida monástica, por sus sentimientos religiosos, de indiscutible valor sin duda, pero nulos si no van acompañados de la decisión inquebrantable de practicar voluntariamente los sacrificios propios del claustro. Si Francisco, ante las castas estrellas de los altos ideales de su vida, hubiese cerrado los ojos, o cansado del combate, en un momento de debilidad de su voluntad hubiera retraído su mirada

añorando las alegrías de su juventud pasada, pronto la oscuridad se habría hecho en derredor suyo.

Pero la penitencia y devoción le sirvieron de báculo para escalar, animosamente, las montañas de la virtud heroica.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En las alturas donde reina el Sol.

En las montañas, el pecho se ensancha, la sangre circula con ardor, el corazón vive y la vista se agudiza. Inmenso aparece el mundo contemplado desde los picos de los montes.

El heroísmo de la virtud es un alpinismo religioso, una ascensión elevada, elevada, hacia las claras regiones de la fe y del amor. Poco a poco, Francisco abandonó las bajezas mundanas de sus años juveniles y escaló las alturas montañosas, tranquilas y silenciosas, de la virtud sublime. Pero su corazón ardía con el fuego del amor hacia Dios y hacia los hombres. Amaba a todos los seres humanos, tanto a los ricos como a los incultos, y su manera de vivir hacía que

todos le siguieran cuando de ellos se alejaba. Sentían su amor y la superior elevación de su ser. Las ciudades terminaron sus guerras civiles. El abrazo unió a la nobleza y al pueblo. Un nuevo espíritu lo envolvía todo.

¡Qué curioso era este hombre! Todos los estados se adhirieron a él, incluso los ladrones de peor fama. Cuento de hadas parece el hecho que leemos en el viejo libro «Flore-cillas». El hermano Angelo rechazó en cierta ocasión, en forma grosera, dos ladrones de mala fama que pedían limosna a la puerta del monasterio, despidiéndolos sin acceder a la súplica. — «¡Fuera de aquí la maldad! ¡No aparezcáis jamás por estos lugares!» Así había respondido, y creyendo haber obrado bien refirió sus palabras al Santo, que precisamente acababa de llegar después de haber hecho un recorrido buscando limosnas, con un saco de pan y un jarrito de vino. Francisco censuró enérgicamente el comportamiento de Angelo, diciéndole que había obrado sin caridad alguna: «Los pecadores

pueden ser reducidos a Dios, más bien que por la dura censura, por medio de la santa dulzura. Por eso dice nuestro divino Maestro, cuyo evangelio hemos prometido seguir, que no los sanos, sino los enfermos, necesitan el auxilio de los médicos, y que no había venido a nosotros para atraer a la penitencia a los justos, sino a los pecadores.» Por eso también, había cenado con ellos tan frecuentemente.

«En penitencia del pecado que contra los santos evangelios has cometido, te ordeno que, en el acto, tomes este cesto con pan y este jarro de vino, que he recogido pidiendo limosna, y corras de prisa tras los demandantes, por montes y valles, hasta alcanzarlos. Cuando lo consigas, les ofrecerás en nombre mío este pan y este vino, te postrarás de rodillas ante ellos, y devotamente, confesarás tu culpable rigor. Les suplicarás, en nombre mío que, en adelante, no cometan pecado alguno; que teman a Dios y que no ofendan a su prójimo. Si acceden

a cambiar de vida, promételes que me ocuparé de sus necesidades físicas y les daré, en adelante, la manutención que precisen. Cuando hayas terminado mi encargo, vuelve, y reza». Mientras el hermano guardián, ya lejos, ejecutaba las disposiciones de Francisco, éste se abismó en meditaciones y rezos, suplicando la intercesión de Dios en favor de tales bandidos y que les convirtiese a la penitencia. El obediente guardián les ofreció el pan y el vino, obrando de acuerdo con las órdenes de San Francisco. Como tal era la voluntad de Dios, aquellos bandidos decían, mientras consumían la limosna del Santo: «Ah, desdichados e infortunados de nosotros! ¡Cuán horribles deben de ser los tormentos que nos esperan en el infierno, pues sólo nos ocupamos de vagabundear, robar, maltratar y herir a nuestro prójimo, y a pesar de tales maldades, ni sentimos remordimientos de conciencia ni tenemos temor a Dios! Este santo hermano ha venido, humilde, a nosotros, a causa de algunas pa-

labras que le arrancó nuestra maldad; humillándose, nos ha confesado su sentimiento y nos ha traído pan y vino y la promesa del santo padre. Verdaderamente, son santos de Dios, merecedores del paraíso. Nosotros, en cambio, somos dignos de la condenación eterna y sólo merecemos los rigores del infierno. . .»

Tales y parecidas palabras se decían entrambos. Cada vez sus corazones fueron apenándose más, y su voluntad dulcificándose, hasta que juntos visitaron a San Francisco y se declararon dispuestos para la penitencia. El los aceptó a todos en su Orden, donde murieron con la muerte de varones justos después de una vida llena de penitencia.

Aquí se inicia un heroísmo de virtud que apaga el fulgor de todos los caminos recorridos por los varones santos y que a la vez aparece lleno de sencillez, deslumbrador de esplendor, amable de cariño. Francisco levanta su vuelo por las alturas,

pero sin cesar en su constante contacto con los hombres y conservando con ellos una saludable comunicación. De su ser brota el brillo de las elevadas montañas reflejándose en los valles de los hombres y esparciendo en su derredor destellos luminosos. Quiere permanecer con los hombres, hermanos suyos. Cuando desde el observatorio de su vida llegaba a saber que cerca de Italia había una tierra aún no bendecida por Jesucristo, nada era bastante fuerte para detenerle en Umbría. Atravesando el Sur de Francia y España, llegó a Marruecos, con el fin de convertir a los musulmanes y para morir como mártir. Pero Dios había dispuesto de su vida en otro sentido. A su regreso, Francisco se dedicó a sus muchos hermanos, todos ellos necesitados, y a todos dió como ejemplo heroico, el de su propia vida.

Pero cuanto más le abrasaba su fuego interno, tanto más deseaba su descanso en Dios y tanto más anhelaba la tranquilidad en su seno. Entregando la dirección de la

Orden a manos de otros hermanos suyos, siguió su íntimo impulso y se entregó a una vida absolutamente dedicada a la salvación de su alma. En las tranquilas alturas de Alverna transcurren desde esa época las horas más benditas de su vida. Allí platica con árboles y bosques, con los huertos, las flores y los pajaritos del Santo Dios; allí canta su beatífico amor por selvas y peñas. Allí se sumerge en largas y profundas meditaciones hasta que un día mereció recibir las llagas del crucifijo. Corría el 14 de Septiembre de 1224. Estaba transformado, realmente, en la imagen de Jesucristo. Pocas semanas debería ya de pertenecer a la tierra, pero aquellos fueron sus días de más profunda paz. Su frente tocaba el cielo. ¡Que tan alta la había elevado la divina gracia!

El sábado, 3 de Octubre de 1226, su hermosa alma volaba a las divinas alturas, mientras sus hermanos entonaban el «Canto al Sol» de su padre. . .

Meditando, pensando, el hombre moderno

se encontrará ante extraordinaria y grata visión, y las cabezas jóvenes se preguntarán sorprendidas: ¿Debía de ser tal el resultado de la vida de la Orden, siendo así que el camino de San Francisco puede conducir también a otros a las tranquilas alturas donde viven hermanados el amor a Dios, la alegría y la paz?

«¡Que la paz sea con todos los perseverantes de la Orden!»

Eternamente armonioso.

Se ha dicho, y no sin razón, que su vida fué un canto inmortal. Los santos varones que dieron cuerpo a las grandes concepciones religiosas, no murieron cuando de ellos se apoderó la tierra. Sus genios caminaron tras el mundo, envueltos en el hábito de la inmortalidad, despertando por todas partes almas dormidas y encendiendo corazones. Sus hechos, sus palabras, sus sufrimientos, se condensarán siempre en nuevos cantos que perdurarán eternamente a través de los siglos.

Una canción de gesta fué la vida de San Francisco. ¿Era, acaso, justificar [®] olvidar tras las finas y suaves líneas de su vida terrena el áspero hábito, la escasa comida, y la pobre

vivienda? Recorría la senda de la penitencia, en duros combates consigo mismo, apoyado en su inexorable naturaleza, hollando con sus pies la imagen del mundo, que con férrea voluntad intentaba atraerle, y se dirigía al *más allá*, carente de encantos materiales, luchando en favor de los descarriados hombres terrenales. En el suelo de su propia patria luchaba con la armadura de Pablo, con su fe, para conquistar el nuevo país del genio eterno. Canción de gesta fué su vida, y reunió en derredor suyo, en todos los siglos, a los héroes de la penitencia. ¿Quién dejaría de oír tan enérgicas canciones? Resonaron en los palacios, en las fortalezas, en las casas de los ciudadanos, en las chozas de los pobres. Una interminable muchedumbre recorría, tras él, el amplio camino lleno de espinas que conduce a la cúspide de las virtudes sublimes.

Pero la canción no era ni áspera ni terrible, sino dulce y cariñosa, porque la canción del héroe era un canto de amor.

Con dificultad se encontrarían poetas líricos capaces de conquistar los corazones con semejante arrebatadora vehemencia. Hechos son más fuertes que palabras, y la canción de vida que se basa en el fraternal amor de un hombre es más sólida que la canción compuesta por palabras desparramadas por el arte. Francisco cantaba, — y en eso el viejo Górrres ha visto con justeza — como un trovador enviado por Dios, la canción de amor, del amor de hermanos y criaturas que rodean el mundo.

Elevado, soberanamente elevado, era ese sonido tan claro y perceptible que infundía, a un mismo tiempo, consuelo y brío. Siempre, cuando el hambre, y la desnudez, y los dolores del corazón, y la discordia, y las enfermedades, y la muerte, recorren la tierra enseñoreándose de ella, los hombres escuchan al santo hermano Francisco y oyen atentos su palabra salvadora, tanto en nuestros días como en los tiempos de Dante y del Petrarca. Setecientos años han pasado desde

la muerte de San Francisco, y aún continúan los ojos del mundo posándose en él; aún existen proféticas cabezas que vean en él la encarnación del nuevo hombre durante tanto tiempo esperado, que pone un puente entre las clases sociales y que da amor. Ya, antes de la guerra, cuando aún en las capitales brillaba la falta de misericordia propia del exceso de cultura, un Rainer Maria Rilke caminaba envuelto en meditaciones e indignación a través de la amplitud de luz fría y cegadora de las calles. El contraste entre la riqueza y la pobreza hirió su alma. Ante sus investigadores ojos de poeta se presentaba el vacío del alma y los valores creadores de la pobreza, y cantaba, y entonaba un himno en loor de los pobres y en homenaje del ser más enamorado de la pobreza, el Santo Hermano Francisco.

«¡Oh! ¿dónde hallarle, aquel a quien pobreza
«y devoción, con tiempo, fuerte hicieron?
«¿que despojado de lujosos trajes
«desnudo se presenta ante el Obispo?

«¡El más afable era, y cariñoso
«que entre todos vivió, cual primavera
«el hermano moreno de las aves
«cuya mirada era una caricia
«y un encanto su estancia en este mundo!
«No era un hastiado de terrena vida
«de aquellos que se apagan lentamente;
«como a hermanitas, a las tiernas flores
«dirigía sus frases en los prados.
«Y habló de su persona; y cómo haría
«para que a todos su voz les alegrara;
«predicó sin cansancio de su cuerpo
«sin pensar en sutiles distracciones.
«Su fulgor aumentó con luz intensa
«y en su celda reinaba la alegría.

«¡Oh! ¿dónde hallar al Claro, ausente hoy?
«¿Por qué no le hablan los jóvenes alegres,
«los pobres, que le esperan no muy lejos?
«¿Por qué no acude mirando sus crepúsculos
«de pobreza la estrella de occidente?
Cuanto más inquietos son los tiempos,
cuanto más altas ascienden las olas de la

vida social, con mayores clamores exige el mundo la vuelta de Francisco. Es la suya una imagen muy agitada que Winkler nos ha descrito en los años de la guerra para alumbrar la situación de los tiempos. Hacen de él, al Santo, una montaña elevada, y estando en su cima, cubierto por el hábito, que flota al viento, Francisco mira hacia los montes, las llanuras y el horizonte. Desde la Mañana (este) el Mediodía (sur) y la Noche, (oeste) acuden hacia él aves con grandes alas: el cóndor, la grulla, el flamenco, el águila, el buitre, mensajeros todos. hienas, de los campos de batalla, volando en bandadas en su derredor, y graznando:

«Llegamos del combate . . .

«Llegamos del combate . . .

Toda la divina armonía que Francisco, amante de sus hermanos, contempló en el siglo XIII, en los campos de su país, está destruida y, con lágrimas en los ojos, dice:

«¿Dónde estáis, mis hermanos
«del cielo y de la tierra? Un grito humano
«surge de las estrellas, delirante. . .
«¡Oh florecillas! Tímidas hermanas
«¡Oh corpulentos árboles, medrosos
«Valles floridos, no entiendo vuestras frases!
«Aves mías, ¿por qué amedrentadas
«Huís? Venid, decid, ¿qué fué?
«E Imperio divino, conquistado
«Por medio del amor, ya es perdido;
«Huí de los hombres, pero me acerqué a
 vosotras
«Devastado lo hallé todo, y destrozado al
 regresar.
«Volved a mí, avejillas, contad quejas
«Yo no me atrevo a preguntar la causa
«Flores y arbustos vi desarraigados;
«Suspirando los aires, con dolor.
«El mundo cercan demonios infernales.
«¡Oh, Cordero, que quitas los pecados del
 mundo!
«Escúchame, Jesús: ¡Te compadezco!

«En mi pena, a ti acudo, voy a tus brazos. .
«Te compadezco, mi divino Dios. . .

Las olas de la guerra descendieron como el mar, pero muy pronto se apretujaron en nuevo y espantoso flujo sacudiendo a Alemania en combates internos que corrompieron el pueblo. Entonces, soñador, contempló la playa de los tiempos, lanzó una mirada retrospectiva hacia los días de San Francisco, hacia el pobre hermano, que amaba a los hombres y que había hallado en Dios su tranquilidad y su dicha, y cantó:

«Mirando las brillantes lejanías
«Que se llaman Dios
«Era su corazón un genio alegre. . . .
«Su deseo fabrica áureas torres
«Donde amanece y anochece el sol.
«Cuidaba, tutelar, pobres y enfermos
«Que alegraba con juegos inocentes.
«Su beatitud pasó a la oscuridad
«Que cayó fulgurante

«Brillante,
«Bajo los ojos del Torrero Santo.

Siempre su esplendor fué suyo propio. Lo que Jacobo de Voragine refiere en su «*Legenda Aurea*», acerca de la muerte y de la belleza del alma de San Francisco, es un corto resumen de las opiniones que hoy sustentan algunos círculos sociales sobre el *poverello*. Escribe:

«Y un hermano vió su alma como una estrella tan grande como la luna y tan brillante como el sol.»



SU OBRA.

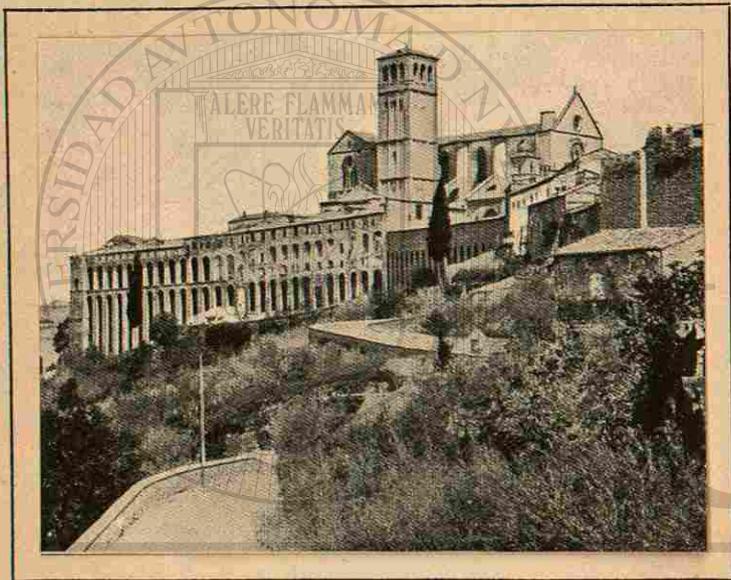
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



San Francisco de Asís 4



Iglesia y convento de San Francisco en Asís.

Nacido del tiempo.

En todo lo que sucede en la tierra se ve la mano directora de Dios. El es quien escribe la historia de los pueblos y quien dirige la marcha natural de los sucesos sin perjuicio de la libertad humana. La conocida ley de la vida ascética, según la cual la gracia divina va unida a la naturaleza humana, predomina también, en general, en la actividad divina.

Por eso no puede dudarse de que las creaciones de San Francisco, y sobre todas ellas la fundación de la Orden franciscana, llamada así debido al nombre de su fundador, tienen sus más profundas raíces en el suelo de la gracia y en los planes eternos de la Providencia. Jamás habría realizado Fran-

cisco semejante obra sin la ayuda extraordinaria de la gracia divina, ni aun en las más favorables condiciones sociales. Es necesario para la veracidad histórica, tener constantemente ante la vista tal aserto, sobre todo porque debido a las condiciones en que estaba el Occidente en tiempos de nuestro Santo, es forzoso admitirlo para la natural obra creadora de la Orden.

Antes de la época de Francisco, el Occidente conocía ya los caminos de la pobreza, pues en ellos basaba sus pensamientos la reforma de aquellos tiempos. Hombres como Arnolfo de Brescia, Bernaldo Primus y Pedro Waldes habían provocado movimientos laicos encaminados a detener la marcha del capitalismo que constantemente avanzaba. No cabe lugar a duda respecto a la justicia que implicaba esta tendencia: la vida cristiana se había desviado mucho del ideal cristiano, y de la sociedad fundada sobre los evangelios, según nos enseña la historia del siglo XIII. La economía administrativa natural y sus

métodos para educar a los hombres en la continencia, había perdido mucho terreno a causa de las cruzadas, favorecedoras del desarrollo comercial y la especulación monetaria. Se aprendió a contar, a calcular, a especular. La visión cristiana había abandonado los valores supraterrénos en beneficio de los bienes materiales pasajeros, dando con ello origen al nacimiento de una clase popular pobre, oprimida, cercada por el hambre. Estas circunstancias provocaban evidentemente las agitaciones de los movimientos populares en elementos donde imperaba la pobreza.

En realidad, las ideas reformadoras se ampliaron. La historia nos habla de los llamados «Humiliate», una asociación de obreros tejedores que se formó en Italia en el siglo XI y que se reunía en el norte italiano para distribuir entre los pobres sus beneficios. También en el mismo norte de Italia se formó otro grupo de «Humiliate», llamado «Los pobres lombardos», alejado de la Iglesia, en un principio, pero que más

tarde, guiados por Bernardo Primus, se aproximaron a ella parcialmente con el designio de encauzar sus miras por vías católicas.

También reunió Arnolfo de Brescia una gran asociación de pobres indigentes que adoptaron el nombre de «Fili Arnoldus». El movimiento de más importancia fué iniciado en el siglo XII por Pedro Waldes a la cabeza de «Los pobres de Lyon», movimiento sobre el cual recayó muy pronto la atención de la Iglesia, a causa de su extraordinario género de vida: caminaban descalzos, cubiertos sus cuerpos por hábitos de mendigos, y dedicados exclusivamente a la predicación. La intervención de los escritos apocalípticos de Joaquín de Floris fué de gran importancia en las evoluciones del tiempo, pues actuaron de una manera activa y rápida, con profundidad, señalando su fin preciso.

Ha sido necesario diseñar el anterior cuadro de los tiempos pasados, para que nuestra actual época comprenda claramente el retrato

moral de Francisco. El Santo, en su fervoroso amor a la pobreza, era el verdadero hijo de su tiempo. Las sensaciones experimentadas por los nobles representantes de las clases ricas; las necesidades que miles de indigentes aspiraban a satisfacer en el movimiento social laico; la nueva orientación impresa a la vida cristiana basada en la tesis de pobreza de los evangelios, todo ello encontró albergue en el pecho de Francisco, cual si de un mensaje divino se hubiese tratado. A pesar de ello, los triunfos obtenidos por el Santo, indiscutiblemente superiores a los de los arnoldistas, humiliatis y waldenses sólo pueden explicarse teniendo en cuenta la intervención divina y la ayuda que ésta prestó al santo varón con una multitud de bienes naturales y sobrenaturales como muy pocos santos la recibieron. Armonícamente penetraban en su interior, con plétora de riqueza, la naturaleza y la divina gracia. Los modales nobles con que, siendo joven se presentaba en los círculos de sus

conocidos; sus aficiones literarias y caballescadas; su valiente franqueza, casi digna de nuestros tiempos, para asomarse a los abismos naturales de la vida, son todas ellas cualidades que obligan con justicia a sus biógrafos, a reconocerle una disposición genial muy superior a la mediocridad de la vida humana.

En esto precisamente radica la disposición divina de su vida; Dios mismo le había impreso su sello al nombrarle guía suyo.

Sin ser, en realidad, un organizador ni tener verdaderamente el propósito de fundar una Orden, se rodeó, en muy pocos años, de una importante compañía. En el Cónclave de Pentecostés, en 1221, la Orden franciscana estaba integrada de tres a cinco mil hermanos, cuando aún no se habían cumplido los veinte años a partir de la fecha en que su fundador recibió la gracia divina en el valle de Spoleto. El ideal del Santo, guiado por la gracia divina y auxiliado por la Iglesia, había triunfado de la opinión de vida for-

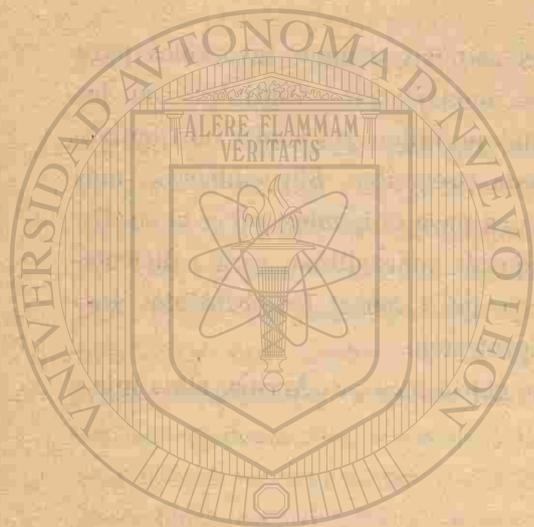
mada contra los evangelios; y tanto en el suelo de Italia como fuera de él, las profesiones de fe se hicieron en tan gran número que con justicia produjo asombro. Todos los estados y de ambos sexos, fueron arrastrados en esa evolución. Las vírgenes, persuadidas por Santa Clara y Santa Inés, escribieron en su sublime programa de vida el ideal franciscano y formaron, por deseo del Santo, la segunda Orden que, bajo el nombre de *Orden de Santa Clara* se esparció por toda la tierra y cuenta hoy con cerca de 9.000 adherentes. El influjo del Santo se dejó sentir, también, en la vida de familia: hombres y mujeres, jóvenes de los dos sexos, que no se sentían atraídos por la vida monástica, pero que supieron imprimir a su ser y su vida el sello de la mayor humildad y un colorido más natural, se reunieron en la tercera *Orden de la Penitencia* fundada, como las anteriores, por San Francisco, y que cuenta hoy con 1.617.000 asociados.

Involuntariamente surge la pregunta: ¿De dónde acudieron tan numerosas bandadas? ¿Existen, acaso, en el alma del pueblo, condiciones especiales que presten alas a tan importante vuelo hacia la profesión religiosa? La respuesta afirmativa es innegable. En el pueblo cristiano duerme un gran heroísmo, y no hay que olvidar que en diferentes épocas históricas la abundancia de profesiones de fe ha sido impuesta por la necesidad. En gran parte, los problemas de la profesión monástica son también problemas económicos; el ascenso y descenso de las riquezas en las regulares clases sociales, aisladas las excepciones, es una norma indicadora de las profesiones sacerdotales y monásticas. Allá donde la vista humana se fije en la riqueza terrestre, faltará ocasión de volverla hacia los bienes supraterrénos, porque la juventud adinerada está en menor proporción necesitada de la ayuda divina y carece, de una manera general, de todo sentimiento por la indigencia de sus hermanos, y no presta

atención alguna a los celestiales bienes del alma. Quizás existe la vocación religiosa, pero no se despierta y, por lo tanto, no se desarrolla.

• ¿Son los actuales tiempos favorables para profesiones monásticas? Múltiples son los detalles que permiten responder afirmativamente a esta pregunta. Sin embargo, más importante es para el hombre saber si su disposición, quizás maravillosa, será suficientemente fuerte para vencer los obstáculos anejos a la profesión.

«Exurge, gloria mea . . . Arriba, alma mía.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De secular vitalidad.

Todas las instituciones divinas depositadas entre las manos de los hombres, tienen una historia de alternativas, de ascenso y descenso. Y ¿acaso podría ser de otra suerte? ¿No atravesó la propia Iglesia católica su época de esplendor y su tranquila y contemplativa decadencia? ¿No tuvo sus años de lágrimas? Cual mensajero de Dios, camina a través del mundo, desde los días de Cristo, con su noble frente alzada, con ardiente amor en el corazón, con fulgurante anhelo en la mirada, siempre tras la salvación de los hombres. Pero a sus pies se adhiere el polvo, la corona de espinas cerca su frente, sus espaldas soportan la cruz y su túnica está maculada por la sangre. A través de la historia del mundo y de la Iglesia, se produce una

trágica sacudida causada por el combate entre el ideal y la debilidad humana.

La historia externa de la Orden franciscana produce el mismo retrato: decenios tranquilos plenos de sol alternan con períodos plagados de combates. La historia de la Orden se produce y se refleja en la propia vida de su fundador. Las elevadas opiniones de Francisco como reemplazante de Cristo en la tierra y especialmente las que a la pobreza se referían, implicaban imposibilidad para algunos hermanos, mientras que un círculo más reducido y de más elevado idealismo, opinaba, en un todo, como el Santo. Durante toda la vida de la Orden permanece activa esa doble interpretación del ideal de Francisco. En los siglos XIII y XIV se producen dos concepciones franciscanas: la representada por el grupo de los llamados «Espiritualistas» partidarios de la más rigurosa norma de vida, y la «Comunidad», más paliada, y a la cual pertenecieron San Antonio de Padua, San Buenaventura, Alejandro de Hales,

Juan Peckham, David de Augsburgo y Bertholdo de Regensburgo.

En el siglo XIV, y especialmente en el XV, después de que el movimiento de los «Espiritualistas» hubo cesado, se reconcentró la vida interna y externa de la Orden en el «Convencionalismo» partido de normas más templadas y en la «Observancia», más riguroso que el anterior. Ambos han trabajado en pro de la bendición de la Iglesia y han producido grandes santos, como también la *Orden de los Capuchinos*, nacida al terminar el siglo XVI, en el propio terreno franciscano.

Entre los «Observantes» que con su unidad integran hoy la Orden franciscana, nacieron a fines del siglo XV, y más tarde, nuevos grupos llamados «Descalzos», «Reformadores» y «Recoletos», asociaciones todas éstas, que León XIII unió, en 1897, en una sola Orden llamada *Ordo fratrum minorum*.

Estudiada desde su interior la Orden franciscana, acusa una sorprendente unidad.

Como la Iglesia, tuvo sus flujos y reflujos, sus derrotas y victorias; pero como el espíritu divino la animaba infiltrándole vida y unidad, un vigor impulsivo recorre constantemente la variable vida de la Orden haciéndole respirar el vivificador soplo de San Francisco. La historia de la Orden franciscana es una historia de idealismo, porque el genio que influenciaba sus setecientos años de vida y que provocaba la formación de grupos aislados no consentía a éstos separarse de su ideal. Todos ellos estaban influenciados por la dramática vida de Jesucristo resucitada en la Orden. Si algunos hermanos conseguían crear un grupo presidido por los ideales de San Francisco en toda su pureza y se reunían bajo el nombre de «Espiritualistas»; si otros, por el contrario, teniendo en cuenta la debilidad humana pretendían aproximar a la realidad de la vida el ideal franciscano, ninguno de los dichos grupos se separó ni una línea del ideal fundamental de San Francisco pensando constantemente

en el provechoso beneficio de la Comunidad con la vista fija en la personalidad de su fundador.

Así recorre a través de la Orden franciscana, como verdadero reflejo de la vida universal del alma, la grande y doble idea por el ideal, y es muy instructivo observar cómo el dualismo que hallamos en todas partes en los combates de la vida humana servía más tarde a la sabia intención de Dios, y más bien para fortalecer la orden que para dar actividad a sus miembros en el terreno religioso cultural. De entre sus filas salieron santos, papas, obispos, hombres de conciencia y de vida, en crecida cantidad. Y como hace setecientos años, conserva entre el pueblo su misma plenitud de vida. Es una activa propaganda por toda la tierra, y se divide, con sus diecisiete mil miembros, en doce llamadas *circunscripciones*.

Cada circunscripción comprende algunas provincias y todas ellas están reunidas bajo un ministro general residente en Roma. Ale-

mania cuenta en su territorio cinco provincias de franciscanos: sajona (con residencia en Düsseldorf), bávara (en Munich), turinga (en Fulda), tirolesa (en Insbrük) y silesiana (en Breslau). Las cepas que San Francisco plantó en el suelo de Umbría se han transformado en una gran parra que extiende sus sarmientos sobre tierras y mares.

«Extendit palmites suos usque ad mare
et usque ad flumen propagines ejus . . . »
(Salmos 79,12).

En el claustro.

Jamás las viejas catedrales muestran sus riquezas a un observador superficial. Es necesario, para descubrirlas, visitar sus recintos interiores, inmensos y poblados por el silencio, sus secretas capillas, sus más apartados rincones, plenos de santa devoción; es preciso arrodillarse, rezar y abrir paso a la santidad del lugar para que en uno mismo penetre. Después, todo habla al unísono: la arquitectura, la pintura y la serena espiritualidad que penetra en el alma, que vuela en derredor de las columnas y arcos.

Una Orden de secular existencia conserva sus edificios, levantados en los tiempos más remotos, como una catedral rica en recuerdos y piadosamente devota entre las naciones.

Esta apreciación es solamente asequible para aquellos que observan y viven la vida que imprime a sus claustros alma y carácter.

Alguna vez hemos acompañado al infante que ha sido escogido por Dios para ingresar en la Orden franciscana. Con el noviciado comienza el año de prueba prescrito a todas las órdenes y comunidades. ¿Qué es el noviciado franciscano? Un año lleno de sol, alegre, vívido, interno, reconcentrador, pues no es difícil escuchar varones de cabellos encanecidos en la vida monástica, que dicen añorando: «El año de nuestro noviciado fué para nosotros el más hermoso año de nuestra vida.» En él, el joven predestinado comienza a sentir la regla y el alma de San Francisco; conoce de cerca el especial carácter de la Orden; contempla, aunque desde lejos, pero de una manera clarividente y solícita, las radiantes figuras que surgen del estado eclesiástico del gran pasado como imágenes vivientes de San Francisco. El trabajo, las oraciones y los recreos se alternan, haciéndola

agradable, en la ordenada distribución del tiempo, de tal manera que el alma y el sentido conservan su frescura lozana, y que la vida interna, que exige piedad y recogimiento religioso, es feliz. Durante el día y durante la noche se reza, en una hora prefijada, la oración de coro prescrita. ¡Sí, también de noche! Y ningún novicio rechazaría voluntariamente esos minutos de elevación a Dios. La oración nocturna franciscana es un acorde de Asís, un fulgar de estrellas de Umbría, una refrescante sombra del monte Subasio. Geibel ha retratado esta plegaria, cantando:

¡Oh! ¿qué es lo que en tan tranquila noche
Corre a través de un alma humana?
Durante el día nadie pensó en ello
Y ninguna canción terrena lo pronuncia.
Es un soplo que, maravilloso,
Viene de nuestro país eterno,
Un mirar cariñoso profundo y claro,
¡Casi una sonrisa, casi una oración!

Entonces sientes tranquila e incorpórea
Reinar una bendición alrededor de ti;
Sientes que descansas en el seno de Dios
Y donde caminas, El vaga también.

Las lágrimas se secan,
Las espinas llevan ardor de rosas,
El amor surge como un cisne
Del brotar profundo de tu vida.

Bastante, bastante, cesa mi canto
Porque lo que fluye en la Noche a la luz de
[la luna

A través de un alma (mortal) humana,
Eso no lo dice ninguna poesía supraterrena;
Es un soplo que allá, maravilloso
Sopla de la palma dorada de paz,

¡Un mirar sin palabras, profundo y claro,
una semi sonrisa, una semi oración!

Para poder apreciar la intensa beatitud de
tal poesía, es preciso haber experimentado
el entusiasmo que en tan hermosas noches

recorre al alma. Paulatinamente, lentamente,
las oscuridades de las noches rodean al soli-
tario que reza, mientras la luz eterna, cual
si fuese los ojos del Salvador, le mira desde
la altura donde brillan las estrellas o la luna
acompañadas de serenas nubes que re-
corren su argentada vía. ¡Cuántos santos y
misioneros han resuelto en tales meditaciones
los más formidables sacrificios de su vida!
Además, la penitencia que acompaña estas
meditaciones nocturnas y a las oraciones del
día, unida a los ejercicios de la vida de la
Orden, es para el joven muy sencilla. Ayu-
dado por la gracia, guiado por escrupulosos
consejeros, se habitúa sin grandes dificul-
tades a la vida franciscana.

Con la prestación del voto termina el año
de prueba y comienza el tiempo de estudios,
que dura seis años, de los cuales cuatro
semestres los consume la filosofía y diez la
teología. Quien de una manera atenta mire
hoy la vida y conozca las dificultades casi
inexpugnables que surgen de la propia vida

del alma, y de la ciencia, y de la actividad pastoral, del gran interés que comprende el pueblo y las clases superiores, tiene que convenir en que el largo camino de estudios es necesario, y que en realidad presenta sólo el más corto para el desarrollo del alma.

Los métodos de enseñanza reciben un gran beneficio con la imposición de estudios filosóficos y teológicos y las antiguas escuelas escolásticas de la Orden. No implica esto que los estudios estén encerrados en los escasos límites de una escuela parcial. No; marchan, de acuerdo con las exigencias de la época, hacia la investigación, la descripción y la práctica de la verdad, procurando unir el inapreciable bien de los pensamientos de un Buenaventura, Sikotos y otros, con los métodos y resultados puestos en práctica y obtenidos por la investigación moderna. El método franciscano de enseñanza está condensado en los siguientes conceptos: devoción ante el genio tradicional de la Orden, decidida y cautelosa manera de encauzar la moderna

vida científica por el camino conservativo de los estudios.

Paralelamente al desarrollo del alma marcha el desarrollo religioso moral, que recibe cuidadosas atenciones durante los años preparatorios para el definitivo ingreso en la Orden. En conferencias semanales, el ideal de la Orden surge año tras año ante el alma de los jóvenes religiosos. Las riquezas de la vida monástica en la Orden franciscana, tales como el riguroso reparto del día con sus prefijadas horas de oración, con sus costumbres de fuerza ascética, se hace substancialmente más profundo y aumenta por las polémicas y controversias, que respiran el genio del Salvador y el de San Francisco. Los seis años de estudios constituyen una marcha tranquila, orgánica, que forma las almas abonándolas para percibir el pensamiento y la vida de la Orden.

Un beneficio especial produce el hecho de que la educación recorra los caminos de una tradición de setecientos años, que en ellos

ha impreso fuertes y salientes rasgos, a pesar de sus momentáneas interrupciones.

Las opiniones sobre ascetismo han cristalizado en axiomas del arte vital franciscano en las propias personas de los santos de la Orden, en su literatura, costumbres, y por último en los procedimientos de edificar y disponer los claustros. Se revelan, con especial intensidad, las grandes e impulsoras ideas de pobreza, de desprecio hacia el mundo, de mística alegría, de inocente amor hacia el Salvador, de devoción y de cariñosas plegarias. Y todos esos pensamientos educativos no residen solamente como oscuras teorías en los libros de enseñanza de la Orden, sino que encuentran forma corporal en sus santos varones y lo encuentran en piedra e imagen, a cada paso, los jóvenes frailes, fortaleciéndoles estas visiones en sus aspiraciones. Tanto el anciano varón enclaustrado cuanto el joven neófito y el hermano laico, se encuentran felices y seguros bajo las alas de semejante genio. Para siempre, reina el

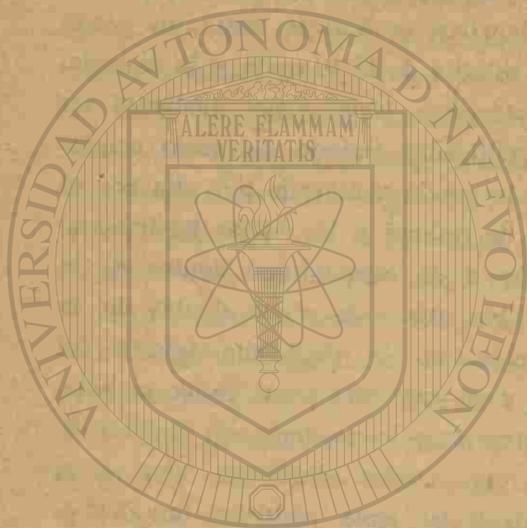
convencimiento de que el ascetismo de la Orden es cierto, evidente, seguro, porque fué probado y purificado en el transcurso de los siglos. Ya de por sí, los viejos claustros, esos mudos testigos de una vida humana extinguida desde hace mucho tiempo, son una valiosa escuela de la tradición y educación religiosa. ¿Quién no los conoce, esos profundos y tranquilos rincones de ventanas con sus pábilos, sus sarmientos y sus luces oscuras, donde moran los siglos pasados absortos en oraciones y meditaciones; donde los espíritus de pasados tiempos discurren por los silenciosos corredores, y donde en los retratos al óleo, de color oscuro, brilla desde lejos, la hermosa alma cristiana que, antaño, también rezaba y esperaba en tales sitios? No es sorprendente que en semejantes lugares, donde vive la tradición, la oración surja espontáneamente del alma. Cuando los claustros se envuelven en una atmósfera espiritual donde el alma, sin excitación alguna disfruta de plena tranquilidad y retrocede a

la vida plétórica de Jesucristo y San Francisco, no es posible apreciar con justa medida el valor de los viejos edificios franciscanos, con sus recuerdos, morada de cultura intelectual de todo monje.

Con la consagración sacerdotal el joven franciscano comienza su tema esencial de vida consistente, a grandes rasgos, en la unión de la vida monacal con la actividad entre las amplias clases del pueblo. Pero la actividad de la profesión religiosa será aplicada a diferentes objetos, dependientes de las disposiciones naturales del joven sacerdote y de las situaciones en que se encuentre. Uno toma la cruz y camina con la bendición y la obediencia a través de los campos cercanos o de países ultramarinos, para predicar a Cristo. Otro agota sus energías en discursos y conferencias que generalmente pronuncia en asociaciones cristianas de ambos sexos e incluso en otros monasterios. Algunos aplican sus actividades a distritos rectorales, a iglesias enclaustradas, e incansables en la

aplicación de auxilios espirituales. También, para los monjes aptos, están abiertas las puertas de las universidades, y en el interior de los claustros se amplía hasta un grado sumo, el estudio de la filosofía y la teología. Así, el sacerdote franciscano, mediante un noble y vivificador trabajo del genio conducido por la gracia y elevado por ella por el conjunto de unidad y las viejas tradiciones, se habitúa a su especialidad dentro de la Orden. Vive una vida plena dentro de su pobre celda, en la pequeña iglesia del claustro, y en cualquier parte donde se halle activa su cariñosa hermandad con alegrías infantiles, con santas oraciones, con puros idealismos y su alma plétórica de alegría, marcha hacia la eternidad.

«Pauper et humilis cœlum dives ingreditur . . .»



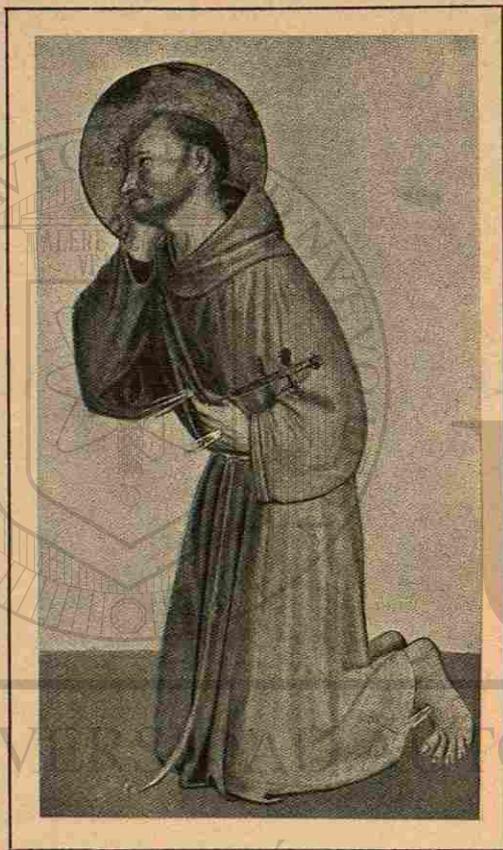
SU ESPÍRITU GENIAL.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



B. Angelico. — San Francisco.
Existente en el Convento San Marco en
Florencia.

Alegre como el mundo, y siglos,
como la vida del mundo.

De las ignoradas profundidades de los montes surge la fuente, clara como un espejo. De un alma tocada por Dios y llena de su gracia brota una opinión del mundo, que compite en claridad y fuerza con toda fuente. El agua que mana de las grietas de las peñas, del fondo del prado o de entre el musgo de los bosques, recibe con sus caricias las ramas de los árboles del bosque y las flores, y el rayo, y las nubes, y el cielo azul con su sol, y la luna, y las estrellas. Juega con ellos; arremolina las imágenes de las criaturas que refleja sobre piedras, troncos, cañas, las vuelve, las voltea, y corre con ellas a través

de los aterciopelados prados ... ¡Quién sabe a dónde!

Los claros ojos del hombre son el reflejo amable de un alma alumbrada por el sol de la gracia divina y reflejada con mayor intensidad. A un tiempo mismo recibe la imagen exterior y el fondo del mundo, profundo y divino.

Los ojos no cegados por el pecado son un puente entre dos mundos: el exterior, y el interno, sin límites, habitado por Dios. Francisco era puente y exclusiva. En su ser se abrazaron los rayos de la gracia divina con los de la hermosa criatura. Feliz, extendía sus manos hacia la creación visible, mientras que la luz maravillosa que le inundaba irrumpía a través de sus miradas y envolvía el mundo visible en su ser divino. ¿Qué podríamos decir respecto a la visión que Francisco tuvo de la naturaleza, allá donde la vida espiritual aparece sin afeites ni ocultaciones? Con el entusiasmo del salmista contemplaba el cielo, el sol, las estrellas, la luna,

la tierra, los bosques, los montes, todo el reino de los animales y de las plantas. En todas partes veía y oía a su Dios amado. Transparentes le aparecían los seres creados, y desde las finas capas de éter que envuelven los astros, hasta el aire que rodea nuestra tierra, resonaba, para su oído, inexplicable armonía. Completamente cercado de imágenes y cánticos divinos, Francisco recorría ébriamente de gozo y gratitud, su vida.

Perdonemos, pues, al elegido de Dios, que olvidando su edad jugara, como un niño, con las flores y los gusanitos del campo. ¡Ah! ¡Cuántas veces lo olvidaba en diálogos con las alondras, los halcones, las cigarras! ¡O llevaba un cordero a la capilla! Esta atracción hacia la naturaleza le dominaba, porque en todas partes veía a Dios y sus oídos sólo percibían divinos cánticos. ¿Quién no se regocijaría, alborozado, si a Dios hallase en su camino? Las «Florecillas» refieren esa alegría por la Naturaleza, pura y sobrehumana, de inimitable manera. Oigamos cómo relatan

el sermón que en cierta ocasión dirigió a unos pajarillos:

«Fué al campo — narra el viejo texto — y comenzó a predicar a los pájaros que picoteaban por la tierra. Repentinamente, los que estaban en los árboles acudieron hacia él y todos juntos permanecieron tranquilos hasta que San Francisco hubo acabado su sermón. Tampoco entonces emprendieron el vuelo, y aguardaron la bendición del Santo. Según el hermano Massao refirió más tarde al hermano Diego de Massa, San Francisco se colocó entre los pájaros, tocándolos con su hábito, sin que ni uno de ellos se moviese. El contenido del sermón de San Francisco fué como sigue: «Amados pajaritos y hermanos míos: Muy obligados estáis a Dios, nuestro creador, y constantemente, en cualquier lugar donde os halléis, habréis de alabarle, porque os ha dado un doble, triple vestido, y además la libertad de poder volar por todas partes. Vuestra simiente fué conservada en el Arca de Noé, a fin de que

vuestra especie perdure en el mundo. Le estáis obligados, además, por haberos concedido el aire. Vosotros no sembráis y por lo tanto no recolectáis, y a pesar de ello encontráis comida, esto es, un nuevo don de Dios, que os da, además, ríos y fuentes para beber, los montes y los valles para refugio vuestro, y los altos árboles para que en ellos fabriquéis vuestros nidos. No sabéis ni tejer ni coser, y Dios os viste a vosotros y a vuestras crías. ¡Mucho debe de quereros vuestro Creador cuando tantas bendiciones os regala! Libraos, hermanos míos, del pecado de la ingratitud y esforzaos siempre por alabar a Dios. Al terminar San Francisco esas palabras, todos los pájaros comenzaron a abrir sus picos y a alargar sus cuellos, a mover las alas y a inclinar devotamente sus cabezas. Con sus movimientos y sus cantos intentaban dar a entender que las palabras del santo varón les llenaba de alegría. San Francisco participó del gozo de los animalitos y quedó asombrado ante el gran número de

pájaros, de su belleza, de su variedad, de su atención y de su familiaridad. Así alabó con ellos, devotamente, al Criador. Terminado el sermón, San Francisco hizo por fin, la señal de la cruz sobre sus oyentes, y les permitió que emprendiesen el vuelo. Entonces, y de una manera ordenada, todos los pajaritos se remontaron en el aire, entonando maravillosos cantos. Siguiendo los brazos de la cruz que el Santo había trazado sobre ellos, se dividieron en cuatro partes, dirigiéndose una de ellas hacia el este, otra hacia oeste, la tercera hacia el sur y la cuarta hacia el norte. Cada bandada entonó maravillosos cantos. Este sermón declaraba a San Francisco abanderado de la divina enseña de Cristo, indicando los caminos de la fe. Así también, el sermón de la Cruz, de Jesucristo, renovado por San Francisco, y por sus hermanos, debería ser llevado por éstos a los cuatro puntos cardinales de la tierra. Y como los hermanos, a semejanza de los pájaros, carecen también de propiedades en ese mundo,

han dedicado su vida solamente a la providencia divina.

En verdad, el amor de Francisco a la Naturaleza y su franca sinceridad, se han transmitido a sus hijos con la pobreza de la Orden. La dirección del alma de la Orden franciscana es una concepción artística y alegre del mundo y de la vida. Lleno de gratitud, el hermano mira en el florido mundo de Dios, mira tras él y reconoce su fondo divino. De la misma manera dirige su vista, alegre y sin miedo, hacia el variado juego de la vida humana alabando al Creador, que recompensa la bondad y castiga la maldad, perdonando el pecado y advirtiendo al pecador. Naturaleza y vida son los cauces que sigue el sermón franciscano; ¡formidables textos! pero no necesita él llevarlos consigo: en todas partes los halla. Alegría, profundidad y energía que convencen surgen de esas páginas si se sabe hacerlas digno depósito de semejantes aguas vitales. Hombres como San Juan de Capistran, San Jacobo de la

Marca, San Bernardino de Siena, Bertoldo de Regensburgo y David de Ausburgo se pueden concebir solamente por el citado conjunto. Su manera de comprender el alma del pueblo, apoyada por la sencilla vida que llevaban, tenía un carácter terrenal y áspero, y a la vez llevaba el sello de la visión del arte.

Todos los años sonríe nuevamente la Naturaleza, la luz vibra constantemente y las gavillas ofrecen sin cesar sus frutos. La misma alegría del mundo y la fuerza de la juventud permanecen en la Orden de San Francisco, que conserva el espíritu de su fundador.

El amigo de los hombres.

La vida de gracia manifiesta sus más preciosos encantos cuando aparece con la lozana naturaleza unida a la fresca armonía. Cuanto más fuerte surge del interior el elemento divino; cuando, debido a ello crece con mayor naturalidad la bondad humana, tanto más cariñoso y más activo aparece el Santo. No sólo lo sobrenatural hace de San Francisco un asceta, por naturaleza amante del mundo, sino que también su innata disposición le inclina al amor, como dijimos al referir sus años juveniles. Intensas debieron de ser en él ambas predisposiciones a juzgar por el número de seres que las olas de su vida espiritual trajeron en derredor suyo. Sin excepción les amaba: hom-

bres sencillos de los campos, perezosos caminantes, leprosos, mendigos, alegres trovadores, bandidos, niños juguetones, plebeyos, patricios, todos, en fin, recibieron su afecto. ¿Acaso no eran todos hijos de un mismo padre? Más lo eran que las criaturas faltas de inteligencia a las que, sin embargo, llamaba *hermanos y hermanas*. Aquí surge la concepción que de Dios tenía nuestro Santo, muy personalmente suya, y que no estaba más alejada del medioevo que del cristianismo, pero que entonces había cedido a otra más fuerte. Para el cristiano de los primeros tiempos, Dios era el rey, el monarca, a quien tenía que prestar servicios de guerra y corte. Para Francisco era el padre a quien se dirigía infantilmente. Jamás el pensamiento de estas infantiles relaciones habría sido tan vivo del no haberse engendrado en una naturaleza predispuesta a la *realidad* y a afecto sano hacia los hombres. Lo que Federer ha escrito, de una manera magistral sobre Bernardo de Siena respecto a su amor

a los hombres, puede también aplicarse, con exceso, a San Francisco. Las almas mezquinas sólo ven los horrores y las manchas de la naturaleza humana, pero los espíritus grandes descubren en ella hermosos rasgos divinos, variedad fresca y coloreada, la estela luminosa que dejan tras sí eternas lejanías sobre los grupos humanos y brillan secretamente sobre cada uno de ellos. Y donde todas esas fuerzas se reúnen, como acaece en San Francisco, donde la humanidad despierta interés y especialmente un interés sobrehumano sin que a causa de este sentimiento se olvide el cariño humano, allí nacen los santos, varones del pueblo, los hombres que envolviendo a sus hermanos en afecto fraternal desparraman una actividad perdurable sobre su propia vida y sobre la vida de los siglos.

En el amplio círculo de sus hermanos, el Santo era tan cariñoso y complaciente que sus afectuosidades se recordaban durante mucho tiempo después de su muerte. En el

«Speculum» encontramos diversas pruebas de nuestro aserto: «Estando el beato Francisco — se lee en uno de sus capítulos — nuevamente cerca de Rio Torto, enfermó un anciano y piadoso hermano de la Orden. Cada vez que el beato Francisco le encontraba se compadecía de él. Pero como en aquellos tiempos tanto los hermanos sanos como los enfermos preferían, alegremente, la pobreza a la abundancia, y ni exigían ni empleaban en sus enfermedades medicina alguna sino que ávidos de satisfacciones tomaban aquello que más daño causaba al cuerpo, el beato Francisco pensó: «Creo que si ese hermano comiese al amanecer, en ayunas, algunas uvas maduras, mejoraría su salud» De acuerdo con su creencia, un día se levantó muy temprano, llamó silenciosamente al hermano enfermo y le condujo a una viña próxima al pueblo. En ella señaló una vid de la que pendían hermosas uvas maduras, se sentó al lado de la cepa y, como el hermano enfermo, comió uvas, a fin de que aquél no se violentase

comiendo solo. Mientras comían, desapareció la enfermedad del hermano, y juntos alabaron a Dios. Pero el hermano mantuvo vivo, durante toda su vida, el recuerdo del amor y de la compañía bondadosa que el santo padre le había mostrado y demostrado, y con mucha frecuencia refirió en el círculo de hermanos ese hecho, llorando emocionado y lleno de devoción.»

También es digna de tenerse en cuenta, al lado de esa cariñosa manera ascética y sana de amar a los hombres, la descripción psicológica artística que Federer ha hecho del tratamiento delicado, natural y lleno de luz con que Francisco trató a su primer compañero y la cuidadosa atención con que se preocupaba de ser amigo de los hombres.

De fuentes más sobrenaturales fluyó el anhelo del Santo, tan amplio como amplio es el mundo, de salvar a los hermanos que languidecían, faltos de la gracia divina, en oscuras regiones terrenales. A Marruecos marchó para llevarles la salud espiritual y

morir por ellos, y ése fué el primer soplo misionero infiltrado a la Orden desde su más joven creación. Hoy la Orden franciscana ocupa las primeras filas con respecto a la extensión de los territorios recorridos por sus misioneros, con respecto a la obra de éstos y, en suma, con respecto a la organización y amorosa actividad de sus misiones. Desde hace setecientos años respiran sus claustros ansia de trabajo misionista y de sacrificios misioneros, profesión seductora, evidentemente para esos jóvenes que, bajo el hábito de San Francisco pretenden conquistar el mundo.

Pero tampoco era para el Santo suficientemente extensa la franja de tierra en cuyos alrededores actuaban sus misioneros. Sus fraternales pensamientos intentaban abarcar mayor cantidad de círculos humanos. En su deseo, el devoto varón tomó la resolución de enviar cartas a toda la cristiandad, pensamiento cuya única explicación puede radicar en su ilimitado amor al prójimo. El escrito no encierra gran importancia, y su sólo

mérito reside en la idea que perseguía. Como en todas las ocasiones, la mayor grandeza de San Francisco estriba en su propio ejemplo, en que la energía de la idea tomaba en él cuerpo interviniendo para intentar cambiar y reformar el mundo.

Dejó como herencia el amor a sus hermanos. Como una especie de fuego interior se apoderó de ellos, muchos de los cuales anduvieron en realidad a través de hogueras para salvar a su amado pueblo. Raya en la heroicidad el hecho relatado por el misionero de pueblos, Dietrich Coelde, que en 1489 asistía en Bruselas a los enfermos de peste: «Había erigido en la plaza del mercado, durante la gran epidemia, una tienda de campaña donde se guardaba la Sagrada Forma. En la dicha tienda acostumbraba a celebrar el sacrificio de la misa y distribuir el pan del Cielo a aquellos enfermos que podían caminar, y, más tarde, visitaba en sus moradas a los imposibilitados.»

Verdaderamente franciscano, por la na-

turalidad del relato, como así mismo el rasgo característico que se refiere sobre la vida del P. Albertino de Verona: «Quería llevar un poco de comida, por amor de Dios, a un condenado a la pena de morir de hambre. Pero como los guardianes del reo se negaron a dejarle entrar, el P. Albertino les hizo la siguiente proposición: Jugaré con vosotros a los dados, y si perdéis, me permitiréis la entrada en su calabozo, y que le lleve viandas. Ganó la partida y tuvo la satisfacción de poder llevar al desdichado algún alimento. Ese mismo amor al pueblo inspiró a otros Hermanos Menores, en la segunda mitad del siglo XV, el pensamiento de erigir los llamados «Montes de Piedad» especie de casa de préstamos y bancos de crédito destinados a librar de sus apuros a las familias amenazadas por los prestamistas.

Amor de hermano era el impulso en la vida de San Francisco. ¿Puede causar sorpresa que su genio haya producido innumerables asociaciones de ambos sexos que

recorran sus propios caminos y sendas apoyados en sus reglas? Hoy encierra Alemania, en su territorio, cerca de dieciseis mil mujeres franciscanas.

«La paz sea contigo» decía el beato Francisco al encontrarse con un hermano. «Paz haya esta casa» dicen aún hoy sus sucesores cuando atraviesan los portales de las casas habitadas por sus hermanos.

¡Llevan la paz, la paz de Asís!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Absorto en Dios.

Alma pura, bella alma de los hermanos, ¿dónde, soñadores, se abisman tus pensativos ojos? Dinos, siquiera una vez, qué se encierra en tu interior. Callas... En las profundidades del mar se encuentra la inmensa y lejana tranquilidad. ¿Es posible indicar qué es lo que invade al hombre lleno de Dios, lo que llenaba a San Francisco pléttico de júbilo y de tranquilidad contemplativa? La Naturaleza y la Vida le atraían, porque veía los rayos divinos que tejían el velo del mundo, como hebras de oro y plata. Y junto a esa vida del alma, adherida a la Naturaleza, poseía además otra vida interna más elevada: un pensamiento, un amor íntimamente dirigido a Dios, liberado del mundo, y llamado en teología *plenitud espi-*

tual. Aún lo recuerdan, aún lo refieren los montes y bosques de su país. Han visto al hombre de Dios ébrio de amor cuando, consumido por su pasión propia amorosa, caminaba hacia el Salvador, clamando en suspiros: «¡No se ama al Amor, no se ama al Amor!» Así se lamentaba, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. No hablemos aquí de leyendas; en realidad, puede sólo ser legendario este hecho, pero el genio que anima la santa fama es el soplo de la hermosa alma de Francisco. Ese soplo vuela aún hoy sobre el nido frío de los países de Umbría y se une al silencioso canto de los olivos: «¡No se ama al Amor!»

¡Cuán elevada habrá surgido ante él la imagen de Dios, contemplada con los interiores ojos de su alma! ¡Cuán fuerte la gracia divina que le arrastró en su corriente!

Todos los afectos naturales de los santos fueron tocados por la fuerza de la gracia divina. Y es un maravilloso intercambio de anhelo con paciencia, alegría, temores y

esperanzas, que guía su vida interna tanto mediante elevadas relaciones como reduciéndola a la tranquilidad. El melancólico y lloroso amor de Francisco se trocó frecuentemente en un amor alegre incomprensible para el hombre agotado por la vida, y que al mismo tiempo era tan infantil que el privilegiado espíritu del hombre de Dios y su vida, eran un diálogo sublime y constante entre el Padre y el Hijo. Un día, arrebatado por su amor a Dios, cogió dos trocitos de madera, los sobrepuso en forma de violín y arco, y cantó acompañando su voz con los movimientos imitativos del músico. Olvidando los mil ojos que la Naturaleza tenía fijos en él recorrió alegre su camino: *Un ángel produciendo música*. En tal apostura, el cielo se aproximó a la tierra y produjo la poesía del más allá, como un fulgor del sol en las elevadas cumbres de los montes. Es perfectamente comprensible que grandes artistas hayan reproducido en piedra y color tales momentos del alma de San Francisco, porque

no siempre pueden hallarse modelos sobre-humanos al mismo tiempo que tan naturales y bellos. Y más comprensible aún, que Francisco, con su extraordinario amor a Dios y sus oraciones esencialmente fluyentes sostenidas por enérgicas ideas, infiltrase a la Orden un espíritu especial de piedad tan fuerte que implicaba la seguridad para todos los tiempos venideros. San Benito influenció a sus hijos una aguda comprensión por la simetría de las formas culturales, y de siglo en siglo aceptaban las abadías una empresa visiblemente litúrgica de edificios destinados a la adoración de Dios. En esa forma misma mana de la Orden franciscana un río caudaloso de amor a Dios, que nace al pie del Monte Subasio y deslizándose por alturas y declives riega la sociedad franciscana haciéndola fértil. En sus playas crece la flor aromática de la liturgia del pueblo y el delicado capullo de poesías eclesiástico-litúrgicas que exhalan aromas impregnados del espíritu de San Francisco.

Podríamos preguntarnos qué manera de adorar a Dios es preferible: la de Benito o la de Francisco, pero la pregunta sería excesivamente concisa. También Santo Domingo, San Ignacio y muchos otros fundadores de órdenes han impreso a sus fundaciones cierto carácter de piedad. Todos sostienen la teoría fundamental de complementarse los unos a los otros y de imprimir a la rica vida interior de la Iglesia cierto colorido de variedad en una liturgia llena de vida poliédrica, pero de base única. ¿Qué dirección litúrgica impuso el amor del Salvador y la absorción de Dios en Francisco a la Orden franciscana? Dicho de una manera general, una dirección profunda y vasta. Las ideas que dominaban al santo varón se dirigieron primeramente, con interno impulso, hacia el tabernáculo, y más tarde hacia el coro de la Iglesia, en el amplio campo del mundo. En todas partes veía símbolos: el sol, la luna, las estrellas, la tierra, el agua, el fuego, las plantas, los animales, todo ello

adornó la corona de las ceremonias eclesiásticas. Vivía en la liturgia de la Creación. Imaginaba el mundo como una catedral de la cual la iglesia de piedra era el santuario que todo lo atesoraba. Esa concepción simbólica del mundo permaneció latente, por espacio de mucho tiempo, en la Orden. En ella se reunió el amor a Dios de muchos «Frater Minore» que aislados del mundo pasaban sus días en claustros solitarios o que muy conocidos como predicadores recitaban los evangelios en ciudades y pueblos. En sus almas vivía el conocimiento divino de la profundidad del mundo como una adivinación, como una mirada, como una deleitable sensación. Se consagraban a Dios en sencillas relaciones religiosas, y en eso consistía la fina liturgia profundamente espiritual alimentada por la viva naturaleza que arrastra la vida de un monje franciscano como un río caudaloso. En otra dirección más intensa fué impulsada la Orden, debida al ardiente amor del Santo por el Salvador y de su manera optimista

de considerar el mundo. Sobre todo, le interesaba el estudio de la Casa de Dios; deseaba el santo sacrificio con sus ritos llenos de espíritu divino; se deleitaba viendo desfilar ante sus ojos el conjunto de imágenes del año eclesiástico y vivía sus días de fiesta y sus días de luto de acuerdo con la más fiel interpretación de la fe. Y sobre todo ello, era constantemente solicitado por la liturgia que podría unir al hombre exterior del coro con el ser interior de la Iglesia en un culto fervoroso al altar: le atraía la sucesión dramática de Cristo, con la decisión firme de imitarlo con la mayor fidelidad posible. Su gran idea era hacer revivir al Señor y al Salvador en su persona y en las de sus hermanos apareciendo nuevamente sobre la escena del mundo e imitando al Hijo de Dios en su hábito, en su forma de vida, en su concepción del mundo y en su actividad. Presentarlo al Pueblo era la gran idea a que dió cuerpo, quizás sin saberlo, pero que desarrolló de una manera pro-

funda. Junto a ello, aparecieron también, en el transcurso del tiempo y solicitadas por el Santo, algunas formas de la liturgia de Cristo como heraldos característicos de la piedad de la Orden: el amor hacia el Niño de Belén, hacia el pobre Jesús crucificado. Forman la profunda trilogía del franciscano en su amor a Dios, que se activa en la sucesión de Cristo: el bosque de Greccio donde Francisco, según el testimonio de su biógrafo Tomás de Celano, celebró la fiesta conocida en aquel tiempo bajo el nombre de «El Pesebre». En el exterior y en el interior de la Orden imperó el gremio de vida intensa de la liturgia del pueblo. Desde aquel momento se acentuó más cada vez el amor al Niño de Belén, y por todas partes, especialmente en las iglesias de los franciscanos, la descripción de su fiesta de «El Pesebre» alcanzó un desarrollo nunca sospechado. Aquí precisamente tanto como en la liturgia, fué donde Francisco infiltró a su Orden el genial espíritu que dió la victoria a las dichas re-

presentaciones. Porque la forma franciscana de servir a Dios lleva innato el sello visible de la sencillez; por eso y solamente por eso fué posible a los franciscanos infiltrar alma y calor a sus edificios de «El Pesebre» y entusiasmar el corazón del pueblo.

Con mayor éxito cada vez activaba el amor de San Francisco a Dios su amor a la pobreza. En efecto, aquí nos encontramos ante una adoración a Dios que no tiene igual ni en importancia dramática ni en la historia eclesiástica. El movimiento que en favor de la pobreza creaba nuestro Santo era un movimiento litúrgico que se desarrollaba en todas las clases sociales y correspondía tanto a los más elevados como a los más humildes. Francisco puso en la escena del mundo al pobre y sencillo Salvador encarnado en su propia persona y en la de sus hermanos. Representaba la vida espiritual de Cristo y la representaba con una gran parte del pueblo. Los hombres participaron en su vida y en su amor en la nave de la Iglesia, en las

ceremonias del Coro. Era una especie de vuelo de las almas, una disposición del ánimo de Palestina, un soplo de Nazaret que volaba sobre las ciudades y poblaciones como una primavera. Esa gran disposición religiosa se apoderó de la masa popular, antes materializada, y la aristocracia conoció que nobleza y sencillez son conceptos gemelos.

Naturalmente, los santos son siempre personajes superiores y por lo tanto solitarios, y cuando ellos mueren se marchitan muchos de sus planes. Francisco no podía arrastrar los miles de hombres que le seguían entusiasmados sin distinción de suelo ni de concepciones hereditarias y ponerlos en las claras y elevadas alturas por donde él caminaba. Pero el emblema *pobreza* ha continuado siendo el lábaro de la Orden en una interpretación desproporcionadamente elevada. El verdadero franciscano adora a su Dios con su vida sencilla, pobre y modesta y cuanto más fielmente imita al Salvador en su caminata carente de posesiones y riquezas en

su vida interna y externa, tanto más intenso es su amor a Cristo. Tal es la liturgia dramática de la Orden. Ese es su mayor temor, su más hermoso servicio a Dios, su triunfo más eficaz.

La imagen de la forma de dirección franciscana se llena más de martirio y se hace más digna de ser compadecida por sus amorosas relaciones con el martirio del Salvador. Así como la Cruz en el monte Gólgota sudó sangre esparciendo sus sangrantes destellos por Occidente y Oriente e imprimiendo a la Iglesia mundial el carácter de su Pasión, así también brilla en la cúspide del Alverna el crepúsculo vespertino de la estigmatización de nuestro Santo en las cariñosas iglesias del claustro y convento de los franciscanos. Sin exageración alguna se puede apellidar *de Pasión* a la dirección de la Orden. En cualquier caso, el soplo de amor por la Cruz cruza a través de su historia. Desde los tiempos de su fundador la Orden está muy íntimamente unida a los santos lugares de Pales-

tina, y hasta nuestros días ha sido guardián de aquel jardín memorable donde el Salvador sudó sangre, y en muchísimos lugares ha recorrido su *Via dolorosa* entre el piadoso pueblo, y andado su *via crucis* en sus claustros. El recuerdo en los varones de la Orden, de su amor sangrante por Jesús, es una práctica cotidiana que imprime a la oración privada y a la liturgia un sello muy característico. En el cuidado de la liturgia creadora, en el vivir y sobrevivir dramático del cariñoso Niño de Belén y del pobre Salvador crucificado están las señales características del amor franciscano a Dios: una forma popular y sencilla de alabarle individualmente y que al mismo tiempo abarca la unidad universal de las fórmulas de la Orden. Pero el genio que animó la piedad ha quebrantado con mucha frecuencia la envoltura de las formas de la oración y se ha trazado un camino por medio de cánticos artísticamente sentidos y con mucha frecuencia de gran elevación, en himnos y secuen-

cias que tienen hoy su puesto fijo entre las poesías litúrgicas de la Iglesia universal y diocesiana.

¿Quién no conoce lo conmovedor del «Dies irae, Dies illa»? Es probable que su autor sea el monje franciscano Tomás de Celano que, italiano del Sur por su nacimiento, antes de 1209 se unió al Santo, fundador de la Orden, y que en 1221 quedó en Alemania con Cesarius de Speyer. Ese canto dice en estrofas sencillas, conmovedoras, el Juicio final, con la impresión de aquellos sencillos personajes que se reunían en derredor de San Francisco y que, a pesar de sus infantiles alegrías no podían separar totalmente sus sentidos de la gravedad humana.

Dies irae, dies illa
Solvat saeculum in favilla
Teste David cum Sibylla.
Quantus tremor est futurus,
Quando iudex est venturus,
Cuncta stricte discussurus.

No es excesivo el entusiasmo de Federico de Meyer al escribir en la «Fragua espiritual» sobre la enérgica fuerza de las estrofas: «Esta terrible poesía, pobre de imágenes, toda ella sentimiento, suena en el pecho humano como martillazos con tres sonidos de rima misteriosa. No quisiera vivir bajo un mismo techo con el hombre que, falto de sentimiento, fuese capaz de escucharla sin espanto ni miedo» Esa poesía, compuesta en su origen para la oración privada, aparece ya como canción a fines del siglo XIII, como secuencia, en un libro franciscano de misa, y desde el siglo XV se propagó, poco a poco, en el devocionario universal de la Iglesia.

A la misma pluma hemos de agradecer una secuencia sobre San Francisco, que alaba la vida del Santo, su humildemente pobre persona, su devoción contemplativa en Dios y su estigmatización, en diez estrofas llenas de adoración y devoción. Especialmente, esa poesía que llena el 4 de Octubre las iglesias franciscanas de un encanto inimitable, refleja

de una manera hermosa la disposición del ánimo religioso de San Francisco.

También el Santo Maestro de la Iglesia, Buenaventura, que treinta años más tarde era General de la Orden, nos ha dejado poesías en forma litúrgica, y además de los himnos que compuso para el Oficio de «Passione Domini» poseemos un «Laudamus Santa Crucis» del cual muy probablemente es él también el autor, según la edición Quaracchi de sus obras. El canto comprende treinta y nueve estrofas que suenan, hasta cierto punto, como un amable juego de palabras:

Recordae sanctae crucis
Qui perfectam vitam ducis,
Delectare jugiter;
Sanctae crucis recordare
Et in ipsa meditare
Insatiabiliter.

Crux est vena paradisi,
In qua solum sunt confisi,
Qui vicerunt omnia;
Crux est mundi medicina,
Per quam bonitas divina
Fecit mirabilia.

Debajo de la Cruz estaba María, la Madre del Señor. No es muy largo su camino hasta Jesús. Quien haya contemplado el amor y la belleza de Cristo, pronto se dará perfecta cuenta de las maravillas que como un sereno fulgor encierra el alma de la Madre. El tiempo de amor espiritual de San Francisco está rodeado del brillo de María. El nombre de «María de los Angeles» vuela como un fino sonido de Mayo a través de sus años y dentro de sus fundaciones. Sin duda alguna, puede reconocerse en la Orden una dirección *marianista* (de María) desprendida del amor que hacia la Madre de Dios afluyó de las poesías litúrgicas.

Juan Egidio de Zamora, un portugués que pertenece al siglo XIV, canta en su entusiasmo por la Madre de Dios:

Laudent matrem pietatis,
Laudent templum trinitatis,
Laudent stellam claritatis,
Laudent hortum voluptatis
Regna et imperia.

Laudet fontem venustatis,
Laudet rosam caritatis,
Violam humilitatis,
Lilium integritatis
Jubilans ecclesia.

Laudet rubum visionis,
Et virgam correctionis,
Laudet vellum Gedeonis
Et manna refectionis
Tota vigilantia.

Altum thronum Salomonis,
Pulchrum, qui est Absalonis,

Totum portum stationis,
Claram vallem visionis
Benedicant omnia.

Laudent matrem veri Dei,
Matrem summi Nazaraei
Cuncta, quas substistunt ei,
Caelum, terra, lux diei
Et superna curia.

Gualterio Wiburn, franciscano inglés muerto hacia 1367, dejó escritos tres libros de himnos a la Madre de Dios, en los que se refleja un amor inocente hacia la Reina del Cielo. A continuación publicamos algunas estrofas de su cántico «Ave».

Ave virgo mater Christi,
Quae pudore meruisti
Dici phoenix virginum;
Ave, virgo, cujus fructus
Nobis dedit finem luctus
Et lamenti terminum.

Ave, virgo, caeli clavis,
Ave, novis nova navis
Onerata mercibus,
Per quam plena plenis velis
Est allata lux de caelis
Caecis et errantibus.
Ave gemma puellaris,
Ave, clara stella maris,
Ave, capsula numinis;
Ave, lampas et laterna,
Quam accendit lux superna,
Fax aeterni luminis.

— — — — —
— — — — —
Servum tuum de profundis
Tractum misce laetabundis
Superum consortiis,
Ut cum illis jucundetur
In aeternum et cibetur
Dapibus ambrosiis.

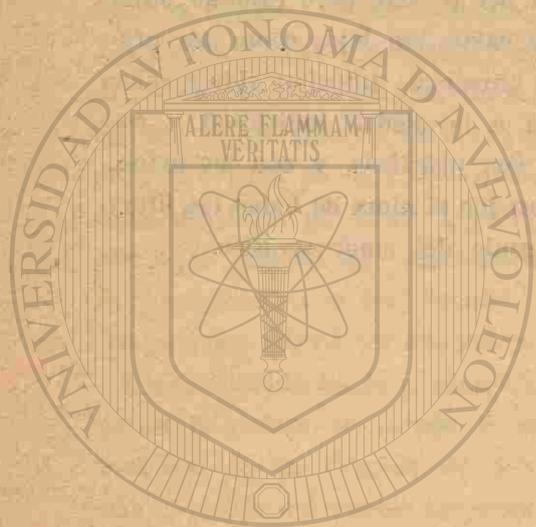
Un siglo más tarde, Juan Tisserand, franciscano en París († 1494) entonaba sus himnos a María en la fiesta de la Santísima

Virgen. Pero el más importante de todos fué Jacopone de Todi franciscano italiano, conocido a causa de una cántiga inmortal para la Iglesia. Es probable que este monje haya sido el autor del famoso «Stabat Mater Dolorosa» impreso en los libros de oración de los siglos XIII y XIV, y que en el siglo XV tuvo ya entrada en los libros de misa de todos los fieles a la Iglesia. Esa poesía es una de las canciones favoritas de la grey católica y ha crecido íntimamente ligada a las preces del *Via crucis*.

Especialmente en la profundidad de estos cariñosos cantos se refleja la absoluta comunidad de la Oración de San Francisco con el sentir del pueblo creyente.

La armónica unión de su genio con la liturgia indica sin duda alguna, la mayor aunación en el servicio eclesiástico divino. Las formas culturales no pueden olvidar jamás que el pueblo católico no puede dispensarse de la aproximación de las ceremonias a la fuerza de la concepción y al mundo sen-

sitivo de los creyentes. Es cierto que la dirección impuesta por el genio de San Francisco tiende a profundizar y ampliar la sencilla liturgia del pueblo, pero esto no obsta para que dé calor, tan lejos como sea preciso, al culto universal. Imprime vida y valor de presencia a la piedad individual y colectiva, con sus prácticas, y con su mano, muestra el orador el alma de todas las liturgias en el genio del amor seráfico.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vida y ensueño.

Francisco es la pura y sencilla personificación del catolicismo. Así lo percibe el mundo exterior. Así lo aprecia su Iglesia. Es una sola persona en la cual tienen actividad casi imposible de unidad, dos componentes de vida, opuestos, pero que trabajan armoniosamente: ensueño en las lejanías eternas y bienaventuradas y designio de envolver en alegría las realidades terrestres, cualidades ambas especialmente características en el hombre católico.

La Naturaleza y la gracia divina le impulsaron desde su juventud, en el camino del idealismo, el país de la fe alejado de los sentidos corporales, el hermoso mundo de Dios vislumbrado por San Juan y, sobre

todo, la mártir y cariñosa vida del Salvador. Le atraían con enérgica atracción hacia la elevada región de los pensamientos y del alma. Sólo conocía un fin: transformarse en la imagen de Jesús y, para obtener su propósito, interpretar los evangelios sin rodeos ni sutilezas, haciendo su norma de vida. Su elevado sentido había posado sus pies en la tierra, pero sin temer el mundo. También la tierra tenía sus amores; la tierra por la que su Divino Maestro había caminado; la tierra que, en su horizonte, le ofrendaba purpúreos escalones nublados en las estrellas, escaleras altas y esbeltas por las cuales podría ascender hasta el Creador de todas las cosas. Era, en una sola persona, un enamorado del mundo visible y un enamorado del mundo invisible.

No ante todos los ojos aparece tan agitado y rico de deseos. Quien le contemple rodeado de pajaritos, pugnando en sus cantos con la alondra, dialogando con la hermana cigarra, moviéndose alegre y feliz entre el pueblo,

sólo verá en él amores mundanos y terrenos. Pero quien le encuentre en el monte Alverna, como envuelto por el color violeta del cielo nocturno, casi oprimido por el supramundo, carente de todo sentimiento hacia el activo hombre del valle, verá en él al místico absolutamente ajeno al mundo.

En todo momento hallaremos en su ser dos acerados rasgos armónicamente unidos, especialmente marcados por esa armonía dichosa a la grandeza, y que constituye el secreto de sus triunfos. ¡Cuántos esfuerzos hacen los hombres para dar otro valor a su ser característico y para formar de una manera fértil la activa profesión! En general, el éxito no corresponde al trabajo empleado. Casi siempre, ese fracaso corresponde a un error de concepción, y este error radica en la falta de unión entre el idealismo y el sano sentido de la realidad. La vida y el trabajo del alma flotan sobre la actividad del día en lugar de penetrarla. Para Francisco, el sentimiento idealista sólo merecía ser

apreciado en cuanto podía hallársele aplicación práctica, influyendo en la vida. La tradición nos ha conservado una frase suya que es una profunda nota de la psicología de su santidad: Habiendo leído en los círculos de sus compañeros las Santas Escrituras, cerró el libro, una vez terminada su lectura, y dijo: «Hermanos, obremos ahora de acuerdo con lo leído». En San Francisco todo es ascetismo de hechos.

Las ideas le influyen enérgicamente, y su sana percepción altera la fuerza de los pensamientos aplicándolos a su actividad ejecutora. Vive en plena vida evangélica. Los evangelistas han diseñado el sublime mundo de los pensamientos en sus cuentos sencillos; un mundo de inmensa hermosura encantadora. Todas sus concepciones representativas encarnan en hechos prácticos. Como ellos, Francisco revela idéntica manera de ser. Es una fuerza práctica que quiere realizar en el mundo que le alberga y rodea el fin de los evangelios. Por eso ama el

mundo y ama a los hombres; edifica interior y exteriormente, al unísono, con unidad de estilo propio. A todos nos influencia: Francisco pertenece a los hombres, aunque su amor a Dios le haya elevado sobre ellos. No es un ser extraño a nosotros, sino uno de nosotros mismos; con nosotros llora, con nosotros ríe, con nosotros sufre. Es hermano nuestro. Le rodea la misma atmósfera que envolvía al Salvador: el bondadoso y benévolo soplo de amor a los hombres.

Tal santidad que ni es meticulosa ni ajena al mundo, sino que crece fresca en el humano día, lleva el sello de una salud interior. La piedad debe de reinar en la vida, pero no desligar las relaciones entre el piadoso y el mundo. Cuanto más une el hombre robusto y justo sus ideales con el trabajo cotidiano, tanto más presto crece la vida, vida de gracia divina en las deseadas alturas. La Orden de San Francisco cuenta en su seno, al igual de muchas otras órdenes, innumerables santos

y beatos. ¿Dónde está el secreto de la vigorosa floración? ¿Acaso era la pobreza la que allanaba a las almas tan sublime ascensión? Indudablemente, la pobreza ha engendrado en numerosísimos casos verdaderas maravillas de santidad, pero sería falso hacer radicar tal heroísmo exclusivamente en ella. Un gran trecho del camino de la santidad fué recorrido con la ayuda de la dirección práctica de la Orden en su visible sentido de realidad. «*Hermanos, obremos ahora de acuerdo con lo leído*» es la divisa de San Francisco y de sus sucesores, como también lo es esta sentencia del mismo Santo: «*Hermanos: comencemos a obrar, porque hasta ahora hemos hecho poco*». La voluntad para la *ejecución* es el sello característico de todo santo y especialmente de San Francisco. Las concepciones alegres de la realidad están profundamente arraigadas en los tiempos, porque siempre se debe recordar el hecho decidido cuando se quiere comprender la esencia del mundo. Las pala-

bras volaron siempre, y siempre volarán, mientras tanto que la ejecución del hecho no las grabe, mientras a la palabra no se una la obra. Las verdades evangélicas claman constantemente por predicadores que *obren*. La vida franciscana es el más ejemplar sermón que pudo imaginar San Francisco. ¿No lo dice así su vieja tradición? «El Santo habló con uno de sus hermanos: Ven a Asís, hermano, para que prediquemos. Dicho y hecho. Ambos se pusieron silenciosamente en marcha. Llegaron a la ciudad, atravesaron su puerta, y muy pronto se vieron rodeados de gente. Entonces, el hermano compañero pensó: ¿Dónde querrá predicar el Santo y dónde hablaré yo al pueblo? Pero Francisco continuaba siempre su marcha, no entraba en la iglesia y en ninguna parte se detenía. Al piadoso hermano parecía aquel un caso extraordinario. ¿Acaso estaría el Santo tan ensimismado en sus oraciones que hubiese olvidado sus propósitos? Mientras tanto ambos hermanos ha-

bían llegado al fin del lugar. Entonces, el hermano acompañante se atrevió a preguntar a Francisco: Pero ¿no predicamos, Padre? «Ya lo hemos hecho» fué la respuesta del Santo. «Hemos pasado modestamente y rezando como pobres de Jesucristo, por Asís. Ese fué nuestro sermón».

Francisco quiso crear predicadores semejantes, y ese es el fin que persigue la tradición de setecientos años, de forma educativa franciscana. Quería, y aun hoy quiere, desarrollar escuelas teológicas en las cuales se tratará la ciencia divina especulativa y prácticamente con igual disciplina. «Ut boni fiamus!» ha sido desde los tiempos de Buenaventura el elevado fin de la teología franciscana.

JUNTO A LAS AGUAS
DEL MUNDO...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bían llegado al fin del lugar. Entonces, el hermano acompañante se atrevió a preguntar a Francisco: Pero ¿no predicamos, Padre? «Ya lo hemos hecho» fué la respuesta del Santo. «Hemos pasado modestamente y rezando como pobres de Jesucristo, por Asís. Ese fué nuestro sermón».

Francisco quiso crear predicadores semejantes, y ese es el fin que persigue la tradición de setecientos años, de forma educativa franciscana. Quería, y aun hoy quiere, desarrollar escuelas teológicas en las cuales se tratará la ciencia divina especulativa y prácticamente con igual disciplina. «Ut boni fiamus!» ha sido desde los tiempos de Buenaventura el elevado fin de la teología franciscana.

JUNTO A LAS AGUAS
DEL MUNDO...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A mediados del siglo XIII vivía en el viejo Regensburg un poeta que cantaba alegremente y que al mismo tiempo tenía un alma asequible a pensamientos ideales. No sabemos si nació en esa ciudad, pero que en Regensburg recibió su desarrollo espiritual está atestiguado por sus escritos. Lamprecht, así se llamaba, buscaba las alegrías puras de la vida, distraído con la hermosura del mundo. También su propia figura y su juventud eran una perpetua serena alegría. Como San Francisco en su juventud, también Lamprecht tenía sus pies asentados en el fulgor y ajetreo de la tierra. Llegados a los Alpes los «Frate Minore» comenzaron en Regensburg su vida de pobreza regalando amor y despertaron a Lamprecht de su sueño. La romántica vida de los hermanos, su na-

turalaleza sencilla, su piedad y su sano sentido del mundo eran atractivos constantes para el poeta. Día y noche observaba la vida de los santos hermanos.

«Yo he estado entre ellos
consecuente, noche y día.»

Entre ellos conoció al célebre predicador Bertoldo de Regensburgo, que en aquella época fué celebrado por toda Alemania como misionero de pueblos, y al hermano Juan de Inglaterra, que en 1229 era visitador de la Orden en Alemania. Debieron de parecerle varones plenos de la divina gracia, pues cantó:

«... El hermano Juan de Inglaterra
«Y el cariñoso Bertoldo,
«Fueron pagados
«Con la gracia divina de Jesús.» ...

También se aproximaron a él los hermanos Heinrich y Hermann, y el hermano Reinhart «el bueno». Solicitado por ellos

compuso, tomando como modelo a Tomás de Celano, una vida rimada de San Francisco, con más de cinco mil versos, y comenzó poco a poco a estudiar sus sensaciones. ¿Debería renunciar al mundo y vestir el áspero sayal? Le parecía un fuerte sacrificio. Bien sabía que el hermano Bertoldo y el provincial, hermano Gerald eran hombres llenos de alegría que en nada serían obstáculo para sus composiciones poéticas. Pero todavía la tierra le influenciaba más que el cielo. A sí mismo se representaba como una paloma posada a orillas de las aguas del mundo (los ríos, los riachuelos, los arroyos) y que se aplicaba llena de fruición a picotear los sazonados granos de las alegrías mundanas. Así, pues, es a él mismo a quien canta en su poesía «La hija de Sión» compuesta en los comienzos de su vida claustral:

«... aún está sentada, el ánimo sereno,
«junto al agua del mundo, mientras el alma
«tan débil se aparece que no puede

«soportar de las plumas, la gravedad.
«Por eso desconoce la dulzura
«Del grano sazonado de su ingenio,
«De acuerdo siempre con el verdadero.»

Pero también en este caso la gracia divina obtuvo la victoria: la muerte penetró en su interior adueñándose sólo de sus aficiones mundanas y la belleza del alma rica se encaminó más y más hacia lo sobrenatural y tomó de las manos del hermano Geraldo, en Regensburg, el hábito de San Francisco. El espíritu del Señor, que entonces inundaba el maravilloso círculo de místicos en Regensburg, le esclavizó también obligándolo a brillar en el dulce anhelo de una cariñosa unión. Dulcemente resuena en nosotros su disposición de alma en aquel momento, cuando dice en «La hija de Sión»:

«Así, con sus vientos del este, el santo espíritu
«silba, soplando con leve fuerza, en las
plumas

«y entonces, bajo ellas, extiende en su vuelo
«las alas, para volar en el aire
«Por suave aroma, el corazón es sacudido;
«Pero ella tiene tanta alegría en el fondo de
su ser,
«que extiende sus alas y piensa nuevamente
en las nubes.»

Hace ya mucho tiempo que el hermano Lamprecht, de Regensburg, está en la sepultura, frío, con sus hermanos; pero su poesía, «La hija de Sión», debería estar constantemente entre las manos de muchos jóvenes, especialmente en las de esos jóvenes investigadores en cuyas frentes brillan destellos de superior genialidad. Ellos aprenderían, que todas las bellezas de este mundo y todos sus ejemplares estéticos no alcanzan a la espiritualidad glorificada que lleva en su alma un varón santo de la Orden, y por lo tanto un verdadero franciscano.

«¿Dónde están tus pies...?»

Hermosa alma joven: ¿aún vives en las

aguas murmurantes del mundo, «captiva filia Sion», en las aguas del mundo?

Escucha al hermano Lamprecht, que nuevamente quiere cantar en tu corazón:

«De prisa, hija, de prisa

«Busca a la sabiduría

«Para que prepare todos tus sentidos

«A fin de poder volar en el aire

«Después viene el verdadero amor

«El cual la toma en su compañía.»

FIN

JEV

OTEC